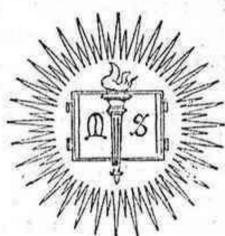


Ilustración Artística



AÑO XX

BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.010



MUJER VENECIANA, celebrado cuadro de César Laurenti
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1901)

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *La viuda*, por Carlos M. Ocantos. - *El olvido del Maño*, por F. Pérez Capo. - *Monumento á Wagner*. - *Pablo Troubetzkoy*. - *Concurso universal de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris» en Buenos Aires*, por J. Solsona. - *Nuestros grabados*. - *Un misterio*, novela (continuación). - *Tipos del Africa ecuatorial. Antiguos monumentos árabes en el Cairo*. - *La hipnois en las ranas*, por N. Vaschide.

Grabados. - *Mujer veneciana*, cuadro de C. Laurenti. - Dibujo de Triadó. - *Monumento á Ricardo Wagner*, obra de G. Eberlein. - Obras escultóricas de Pablo Troubetzkoy (cinco grabados). - *D. Manuel Malagrida*. - *D. Enrique Casellas*. - El Jurado del concurso de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris». - Carteles premiados en dicho concurso. - *Recogiendo las redes*, cuadro de G. Haquette. - *Lorenzo Perosi*. - *Tipos del Africa ecuatorial*. - *Antiguos monumentos árabes en el Cairo*. - *El comandante boer Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La segunda conferencia internacional americana. - Antecedentes. - Los delegados. - Discursos inaugurales. - Saludo á España. - El Parlamento español y las Repúblicas hispano-americanas. - Un libro hispanófilo.

Por iniciativa de los gobiernos de la Unión se celebró en Washington, en 1889, una conferencia internacional americana, y ahora por segunda vez se han congregado en la ciudad de Méjico los representantes de todos los Estados de aquel continente.

En diciembre de 1899 Mac Kinley, en el mensaje al Congreso de su país, recomendaba la convocatoria de esta segunda conferencia, y poco después el secretario de Estado dirigía una circular á los ministros en Washington de las Repúblicas americanas, rogándoles que consultasen con sus respectivos gobiernos acerca de la oportunidad de celebrar la conferencia, eligiendo como lugar de reunión alguna de las capitales de aquéllas.

Todos los gobiernos consultados resolvieron afirmativamente, y en mayo de 1900 la comisión ejecutiva de la Unión internacional de las Repúblicas americanas acordó el programa de tareas ó deliberaciones y fijó como puntos capitales de estudio y discusión los siguientes:

Arbitramento. - Corte internacional de reclamaciones. - Medios de protección á la industria, agricultura y comercio: desarrollo de las comunicaciones entre los países de la Unión: reglamentos consulares de puertos y aduanas: estadísticas. - Reorganización de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas.

Se decidió después que los delegados se reuniesen en la capital de Méjico, y á propuesta del gobierno de esta nación, se convino en inaugurar las sesiones el día 22 de octubre de 1901.

Hubo recelo de que algunas Repúblicas excusaran su asistencia, pues la cuestión del arbitraje suscitaba ciertos temores de adquirir compromisos internacionales incompatibles con el interés nacional. Se llegó, sin embargo, á suavizar asperezas, y por fin todos los Estados americanos acordaron enviar sus delegaciones al Congreso de Méjico, en el cual se han reunido personalidades de gran prestigio por sus talentos y por los servicios que han prestado á la ciencia y á la administración pública.

Los delegados que toman parte en las tareas de aquél, en representación de los respectivos Estados, son:

República Argentina. - Doctores D. Antonio Bermejo y D. Lorenzo Anadón, y el Sr. D. Martín García Merou.
Bolivia. - D. Fernando E. Guachalla.
Brasil. - D. José Hygino Duarte Pereira.
Colombia. - General D. Rafael Reyes y Dr. D. Carlos Martínez Silva.
Costa Rica. - D. Joaquín Bernardo Calvo.
Chile. - D. Emilio Bello Codesido, D. Alberto Blest Gana, D. Augusto Matte y D. Carlos Walker Martínez.
Ecuador. - D. Luis Felipe Carbó y D. Cristóbal Vela.
Estados Unidos del Norte. - Sres. Davis, Pepper, Foster, Barret y Buchanan, y como director de la Oficina de las Repúblicas americanas, el Sr. W. C. Fox.
Guatemala. - Dr. D. Antonio Lazo y coronel D. Francisco Orla.
Haití. - Dr. D. J. N. Leger.
Honduras. - D. Fausto Dávila y D. José Leonard.
Méjico. - Licenciados D. Francisco de la Barra, D. Alfredo Chavero, D. José López Portillo, D. Pablo Macedo, D. Emilio Pardo, D. Rosendo Pineda, D. Jenaro Raigosa y D. Manuel Sánchez Mármol.
Nicaragua. - Dr. D. Luis F. Corea.
Salvador. - Doctores D. Baltasar Estupinián y D. Francisco A. Reyes.
Paraguay. - Dr. D. Cecilio Baez.
Perú. - Doctores D. Manuel Alvarez Calderón, D. Isaac Alzamora y D. Alberto Elmore.
Uruguay. - Dr. D. Juan Cuestas.
Venezuela. - Dr. D. José Gil y D. M. M. Galavis.

Con elocuente saludo de bienvenida que dirigió á los delegados, en representación del gobierno mejicano, el secretario de Relaciones exteriores D. Ignacio Mariscal, inauguró sus tareas en el salón del palacio nacional la segunda conferencia americana, destinada á promover la buena inteligencia y la fraternal

armonía entre todos los pueblos de aquel continente.

Los acontecimientos ocurridos en el mundo entero - decía el ilustre político mejicano, - los esfuerzos empleados en Europa con el noble objeto de alcanzar resultados semejantes, ora entre varias potencias del viejo continente y algunas Repúblicas del nuestro, ora entre todos los pueblos de lengua española, pueden servirnos de guía y lección para avanzar en tan delicada empresa. El trabajo de estos Congresos, por escasas ó mezquinas que parezcan sus consecuencias, no debe considerarse como perdido. Cada paso que da la humanidad en el verdadero rumbo del progreso, en el claro sentido de su bien, de ese bien que ningún pensador disputa y que todo filántropo ambiciona; cada paso que se avanza sin más que ese interés humanitario, es una conquista que jamás se pierde, es un jalón que firmemente se ha plantado para ir adelante en la carrera emprendida. La concienzuda labor del Congreso de la Haya, promovido con impulso generoso por el emperador de Rusia, y el cambio de afectuosas emociones que distinguió á la simpática reunión de Madrid, todos esos interesantes estudios, al parecer meramente teóricos, toda esa efusión á primera vista de puro sentimentalismo, no han sido vanos esfuerzos por afianzar quimeras; tendrán más tarde un resultado práctico, y desde ahora han producido sazonados frutos que no escapan á una observación cuidadosa.»

Así se expresaba el Sr. Mariscal, recordando la parte que España tomó, con el Congreso ibero-americano de 1900, en la noble empresa de establecer más fuertes lazos de solidaridad entre los pueblos de América, en ese movimiento que tiende á constituir sobre sólidas bases la sociedad internacional y que han iniciado, no los Estados débiles por temor al fuerte, sino potencias poderosas, Rusia en Europa, los Estados Unidos en América. Y al contestar al representante del gobierno mejicano el delegado don Isaac Alzamora, vicepresidente del Perú, reconocía que los Congresos de la Haya y de Madrid y sobre todo la persistente iniciativa de grandes Estados para dar vida á estas asambleas, son prueba indudable de que habrá de llegarse á resultados verdaderamente prácticos para el bien de los pueblos.

En esa magna asamblea de los pueblos americanos, á la que concurren treinta y cinco delegados de lengua española, uno de la portuguesa, otro de la francesa y seis de lengua inglesa, en los primeros discursos que se pronuncian preséntanse como guía y lección el ejemplo y las iniciativas de España, y en el gran banquete que el ayuntamiento de Méjico les ofrece, se oye la voz autorizada y elocuentísima del representante de Colombia Sr. Reyes que, en nombre de las Repúblicas hispano-americanas, dedica el primer saludo, cariñoso, ferviente, á la madre de todas, á España.

Al saludo de las hijas, responde la más alta y genuina representación de la metrópoli: sus Cortes.

En el Congreso de Diputados, Becerra Armesto encarece á los dignos representantes de las naciones latinas reunidos en Méjico la necesidad de establecer unión sólida y estrecha entre todos los pueblos de la misma raza, y les ruega que atiendan la voz prestigiosa del ilustre presidente de aquella República, que es una de las figuras más gloriosas de la raza española en la época contemporánea.

A las manifestaciones de simpatía hechas en tierra de Nueva España hacia la España vieja, corresponde el duque de Almodóvar con todo el calor y la cordialidad que aquellos acentos nos pueden comunicar, porque revelan que se afirman y robustecen de día en día los vínculos entre todos los individuos de nuestra raza que pueblan el uno y el otro continente, porque son los acentos expresivos del alma española que sigue animando á esta raza en el hermoso continente americano.

«En cualquier ocasión, en cualquier instante - exclama Maura - sería gratísima la voz de simpatía de pueblos que tienen lo que es más único en el mundo: el regazo maternal, que ellos y nosotros hallamos en el de España. Los intereses, el vaivén de las prosperidades y los reveses, podrán facilitar ó dificultar la penetración de los destinos de los distintos pueblos de nuestra raza; pero á través de todos los accidentes tornadizos de la historia, subsistirá siempre un fondo de tradiciones y de afinidades étnicas que hacen de ellos y nosotros rasgos fisonómicos de la personalidad española en la historia de la humanidad. El solo hecho de que un saludo venido de Méjico y la respuesta de la Cámara española puedan difundirse por las aldeas y penetrar en los corazones sin traducirse, el solo hecho de no haberlo de traducir, afirma mil lazos sagrados é insolubles; pues si las sagradas letras dicen que la diversidad de lenguas bastó para la dispersión, la comunidad del habla

castellana afirma por sí sola que tenemos un origen común y hemos de tener en el desenvolvimiento de la vida universal misiones paralelas ó colectivas. Mas ahora esa voz simpática que viene de Méjico suena mucho mejor en nuestros oídos, porque viene en horas atribuladas, y voz de amor en momentos de tribulación no puede salir sino del corazón, porque el amor es la sola lámpara que no apaga el infortunio en el santuario de los afectos humanos.»

Azcárate celebra el hecho y opina «que ese acto del Congreso de Méjico quiere decir á aquel otro pueblo sajón de América - que en mal hora reniega de todas sus tradiciones y sueña con el imperialismo - que no puede llevar á cabo ese imperialismo con daño de la raza española.»

«Nos traen de allá - dice Navarro Reverter - consuelos, alientos, ánimos y esperanzas que fortalecen á esta noble patria en el camino de abrojos, de tristezas y de amarguras que en los últimos años le ha deparado la suerte. Parece maravilloso cómo la raza española se engrandece y se agiganta cuanto mayores son los empeños, los obstáculos y las desgracias que se oponen á su paso civilizador en la vida universal del progreso moderno.»

Habla Silvela y ensalza las energías, el vigor de esta raza latina, «cuya misión en la historia podrá estar nublada por más ó menos tiempo, pero que no desaparecerá jamás mientras la humanidad exista, porque en ella se encierran los destellos más vivos del espíritu y del corazón, el sentimiento del arte, la prontitud del ingenio, algo que es la esencia suprema del alma humana, y que servirá constantemente de aliento para las desgracias, en las horas de tristeza, y de estímulo para todo linaje de progresos en la humanidad.»

«Es preciso - añade Pradera - que no nos dejemos dominar por pesimismo; es preciso que no desmayemos, que no hablemos de degeneraciones que no existen, y que sigamos el ejemplo de la que fué nuestra hija y es nuestra hermana, la grandiosa República de Méjico, que está demostrando todo lo que vale la raza española.»

Sintetiza Moret el sentimiento de todos los representantes de la nación, de todos los españoles, y por labios del presidente de la Cámara, el Congreso de Diputados dice á aquellos hermanos de América que sus solas palabras producen en nosotros una maravillosa reacción, la de unirnos en una aspiración única, y nos dan una gratísima esperanza, la de que España, con el apoyo de sus hijas las Repúblicas americanas, pueda realizar nuevos hechos que nos valgan la estimación y la gloria de la historia.

También en el Senado ilustres próceres, Rodríguez Sampedro, Calleja, los condes de Casa Valencia y de las Almenas, los marqueses de Aguilar de Campo y de Corvera, Santos Guzmán, Azcárraga, Labra, Portuondo, Salvador, Avilés y Montero Ríos, corresponden al saludo que desde Méjico envían á España los delegados en la Conferencia internacional y hacen fervientes votos por el engrandecimiento y prosperidad de las Repúblicas ibero-americanas.

Allí y aquí, en América y en España, se confía en el porvenir de nuestra raza. Ese Congreso ahora reunido en Méjico ha de ser seguramente uno de los jalones más sólidos y mejor hincados «para ir adelante - como dice Mariscal - en la carrera emprendida.»

Por desgracia - no para impedir este progreso, sino para causar penosa impresión en el ánimo de los hombres de raza hispana - hay en aquel mismo país gentes demasiado sugestionadas por la riqueza y poderío actual de otras razas.

No ha mucho, se ha publicado en Méjico un libro titulado *Carácter de la conquista española en América y en Méjico según los escritores primitivos*, libro escrito con tan deliberado propósito de maltratar á la propia raza del autor (se apellida García), que en él se consigna todo lo malo que se ha dicho de nuestros conquistadores, presentándolos como hombres de la peor ralea, y recargando las tintas de tal suerte que casi pudiera comparárselos con los Scott, los Sibley, los Sully y demás caudillos yanquis del siglo XIX que exterminaron á los indios del Norte de América ahorcándolos por millares, envenenando á tribus enteras por medio de la estricnina que mezclaban con las provisiones que les vendían y lanzando contra heridos y enfermos, contra niños, viejos y mujeres, jaurías de perros feroces y hambrientos.

¡Y esos Garcías que reniegan de sus antecesores y que, como les dice un gran escritor mejicano, don Francisco Sosa, creen llevar la mancha indeleble de un nuevo pecado original, pretenden purificarse pidiendo el bautismo á los descendientes de los héroes del Mississippi, del Minnesota y la Florida!

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Dando diente con encía, la vieja *ña Tocuatra* contaba que la vió pasar y hundirse en la laguna, de vuelta, al anochecer, con una brazada de leña á su rancho; José Contreras, su nieto, aseguraba que también la vió, no una, sino varias veces, y el capataz y las hijas del capataz, y el pulpero y la mujer del pulpero, y casi los peones todos de la *estancia*: era de estatura desaforada, más alta que los árboles más altos; su manto parecía una nube de tormenta que fuera rasando la tierra, en cuyas negruras temerosas se envolvía completamente, sin mostrar pie ni mano, ni los encendidos carbonos que está obligado á gastar todo buen fantasma. Tampoco olía á azufre; algún asustado testigo, de largas narices, juraba que si á algo olía era á tabaco, síntoma de progreso, que también á lo sobrenatural y extraordinario alcanza, sin que este detalle amengüe en un ápice la legitimidad de la espantosa aparición.

La cual, como queda dicho, era toda negra y llevaba dos meses de pasear aquellos contornos, obligando á cerrar puertas y ventanas á cada quisque así que anochecía. Como no hacía otro ruido al andar que el que produciría el batir de unas alas de murciélago, la visión repentina y horrible desarmaba el ánimo del precavido y del valiente como quiebra una paja el aire, y á merced suya le rendía allí donde le encontraba; que tal le acaeció á aquel matón de Hilario, quien con el facón desnudo salió una noche de truenos á esperar á la *viuda* junto á la tapia del cementerio, y patas arriba se le halló á la madrugada en el mismo sitio, con más miedo que vergüenza.

Sentados alrededor del fogón, mate en mano, mientras al calor de la llama el ensartado cordero, acabadito de desollar, se tostaba lindamente en el asador, los gauchos evocaban recuerdos de apariciones semejantes que en otro tiempo asolaron el pago, y las chinas jóvenes, de morenotas carnes y trenzas de cerda, no se atrevían á moverse del temor que las daban sus inquietas siluetas dibujadas sobre los muros ahumados de la cocina. Pegados al pecho de sus madres, los niños gemían de miedo del coco, y todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, valientes y pusilánimes, temblaban y santiaguábanse al tender las sombras sus crespones sobre la comarca.

El único que se mantenía sereno y despreocupado era *ño Usebio*, el del pajonal. Hasta se burlaba del fantasma, diciendo que iba á hacer y acontecer y que ¡ay de él! si osaba aparecer del lado de su rancho, ó cruzarle el camino: amartillado el trabuco, á la mano el lazo, ya podía venirle encima una legión de espectros, que él más temía á los vivos que escurren el bulto, que á los muertos que resucitan, y á un ánima del purgatorio se la ahuyenta con padre-nuestros. Para cobardes, Hilario.

Cada tarde, concluida su faena, montaba en su bayo dorado y al trotcito dirigíase hacia el pajonal solitario, allá en los confines del poblado. Iba cantando alegremente; pero así que apartado se encontraba en la inmensidad del campo, enmudecía, soltaba las riendas y giraba miradas recelosas, encogido el espíritu y floja la voluntad... Porque *ño Usebio*, dijera lo que dijese, temía más á los muertos que á los vivos: gaucho de pelea, bravucón de oficio, su valor y sus hazañas eran ya legendarias y en aleluyas las celebraban los chicos de la escuela; ningún hombre se le ponía delante, ni él consentía que se le pusiera. Pero hay deudas con los muertos que no se pagan con la propia vida, y hay ánimas que si vuelven á la tierra no es para recoger un padre nuestro.

¡Y cuánto, cuánto á la difunta Rosario debía *ño Usebio*!

Con ella pudo casarse, y dejó desdeñoso que se casara con otro; mas todo fué verla en brazos ajenos y entrarle la codicia y despertársele la mala pasión, de tan violento modo que, casada la hermosa hija de *ña Tocuatra* con el finado Contreras, la arrebató á poco en su caballo y en un rincón de la pampa la tuvo secuestrada largo tiempo á su capricho. La devolvió á su hogar cuando de ella quedó harto y la arrebató de nuevo cuando los colores de la salud y del buen trato embellecieron la flor que él había ajado; y entre estas alternativas murió el blando Contreras de pena, nació el José, en cuyo tipo gallardo sospechaba el raptor vislumbres de la propia sangre, y enfermó y murió Rosario maldiciéndole.

Esta maldición pesaba sobre *ño Usebio* como una piedra que no le dejara levantar su cabeza, encuadrada de lacia melena gris, sino por el recorte de la soberbia, en el corro de la pulpería; de continuo, en la soledad, la clavaba sobre el pecho, dentro del cual ni de noche ni de día cesaba el escarabajeo de los remordimientos, á modo de hirviente gusanera. Aquel fantasma, aquella *viuda* lúgubre que rondaba el pago, bien podía ser el alma condenada de Rosario, que venía á buscarle para que fuera á compartir con ella el castigo, como instigador y causante del pecado. Y *ño Usebio* no lo dudaba, dispuesto desde luego á entregarse sin resistencia á quien le reclamaba de orden de la justicia divina, ante la cual no hay armas que valgan, bravatas ni valentía.

Conforme *ño Usebio* se acercaba al pajonal, que ya la noche cubría por completo, comenzaba á rezar en alta voz, y rezando entraba en su rancho, el que apresurábase á cerrar con barra y cerrojo. Hasta entonces, felizmente, no había topado con el fantasma, y la dilación le parecía augurio de que su arrepentimiento sincero alcanzaría á rescatar su crimen á la larga y sus oraciones el reposo de Rosario.

Pero una noche, la de San Juan, sus ojos espantados le divisaron en mitad del camino, semejante á columna de humo que saliera de la tierra y tocara el cielo. Las palabras del avemaría se le atragantaron á *ño Usebio* en la garganta, como puñado de piedrecillas que quisiera tragarse.

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!, dijo por tres veces.

Y se vino del bayo abajo, herido de terror. Apenas estuvo derribado, la inmensa mole negra se movió y avanzó hacia el mísero, que la miraba llegar repitiendo «¡Jesús! ¡Jesús!» con horrible castañeteo de dientes; ya la tenía cerca, ya la tenía encima, tan grande, tan negra, que llenaba y obscurecía el contorno... *ño Usebio* dió un salto y corrió hasta su rancho, intentó cerrar, no pudo, y se agazapó en un ángulo, murmurando siempre: «¡Jesús!»

Como fuego fatuo, la sombra le persiguió y entró con él, que era maravilla que siendo tan grande lo consiguiera. *ño Usebio* la vió erguirse delante de la ventana, envuelta en el rayo de luna, rodeada de una turba de murciélagos. Y dando la cara contra el suelo, gimió:

— ¡Rosario Contreras, perdón!

El solo era el culpable del nefando delito en que la familia de Contreras perdió la honra y la felicidad; él solo el merecedor del castigo eterno; si Rosario pagaba en el purgatorio cuentas ajenas, que se hiciera justicia, y ya que su última hora había llegado, tuviera Dios misericordia de él.

— ¡Perdón, misericordia!, balbuceaba tembloroso. Entonces se oyó un gran ruido, tal como si el rancho se derrumbara, y estalló un grito de fiera que

huele la sangre. *ño Usebio* vió caer el armazón de palitroques y de trapos que á José servía para su broma siniestra y surgir al muchacho, descompuesto, terrible, el facón en alto, vengador casual de ignorados agravios.

ño Usebio le reconoció, y diciendo por última vez «¡Jesús!» se entregó sin defenderse...

Desde aquella noche *la viuda* desapareció del pago.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Triadó.)

EL OLVIDO DEL MAÑO

(CUENTO)

Y dicho y hecho, cogió las alforjas, aparejó á la burra, llamó á su mujer y á Zaragoza.

Dos mil realejos le habían tocado á la lotería, y era cosa de ir á *cobralos* y á *gastalos*, que de menos nos hizo Dios.

Y... ya querrán ustedes saber quién demonches era el de las alforjas, la burra, la mujer y la lotería; ¿no es eso?

Pues era Ceferino López y Martínez...

Pero no vayan nunca á verlo y pregunten por ese nombre y por esos apellidos, porque no darán ustedes con él.

A él lo conocen en la Almunia por *el tío Narigotas*, apodo allí popularísimo, y cuya etimología no es precisamente de las más enrevesadas.

Pues bueno; *el tío Narigotas* y su mujer van ya camino de Zaragoza — porque nosotros nos hemos distraído un momento — pensando en qué han de emplear las quinientas pesetillas de marras.

Para él un pantalón de pana y una faja azul que dé muchas *güertas*...

Para ella unos pendientes de coral y una peineta de concha y un pañuelo de seda y unos zapatos de piel de *la Rusia*...

— ¡Echa! ¡Echa!, exclamó el *tío Narigotas*. Lo menos que *ti* has creído tú es que con lo *qui* nos ha tocado *si* *pué* comprar *toa* Zaragoza. *Miá* tú, *qui* tenemos que *comprale* *cebá* á la burra, y pagar la contribución y comprar tela *pa* las camisolas de los *chiquitos* ¡y *aflame* la *navaja*!

Y en estas y en las otras llegaron á la ciudad de la Pilarica.

* *

Como siempre que iban á Zaragoza, fueron á parar á una posada que hay cerca del mercado y que no recuerdo ahora si se llama *La Estrella Polar* ó *El Lucero del Alba* ó *Las Siete Cabrillas*; pero yo sé que se llama *algo*, y ese algo astronómico...

Ello es que llegaron al patio de la posada, que la *tía Zarandillo* — que por tal nombre conocían en el pueblo á la mujer del *tío Narigotas* — se apeó de la burra, que todavía discutieron un poco sobre el empleo de los cuartos, que el *tío Narigotas* ató el roncal de la burra á uno de los hierros de una de las rejas que había en el patio, y que los recién llegados, excluyendo á la burra, por supuesto, se pusieron á dar unos gritos estentóreos y descompasados:

— ¡*Monifacia!* ¡*Monifacia!*!

Bajó al patio la posadera, que era la Bonifacia á quien llamaban los forasteros, y después de los saludos, besos y abrazos de ordenanza, *la tomaron* con los del pueblo del *tío Narigotas* y empezaron á charlar por los codos.

No quedó grande ni chico que dejara de salir á relucir, no quedó virtud ni defecto que dejara de mentarse..., claro es que especialmente los defectos.

Hora y media llevaban hablando á pie firme cuando al *tío Narigotas* se le ocurrió mirar qué hora era. — ¡*Ridiez!* ¡Las dos y cuarto! *Mia, mia, vosotras* seguir hablando, *qui* lo que es yo *mi voy* á hacer las compras.

Y como, en realidad, la *tía Zarandillo* nada había de pintar en los establecimientos adonde iba el *tío Narigotas*, porque se haría lo que él quisiera y se compraría lo que á el le gustase, decidió quedarse allí hablando con su paisana la posadera.

Y mientras las dos mujeres quedan charlando en la posada, allá va el bueno de *mi maño Coso* arriba á cobrar los dineros y á comprar una *miaja* de fruslerías.

* *

Llegó el *tío Narigotas* á la lotería, presentó su billete y entregó el lotero noventa duros en *pasta*.

Media hora tardó el «agraciado» en hacerse cargo de la cantidad aquella, porque eran de ver el recelo y la vacilación con que aceptaba y guardaba en un pañuelo de hierbas cada una de las monedas.

Pero como todo tiene su fin en este pícaro mundo, llegó el *tío Narigotas* al último de los duros, y entre satisfecho y desconfiado salió á la calle.

No había andado diez pasos cuando uno, que *resultó* paisano suyo, le propuso un negocio «brillantísimo...»

Todo consistía en adelantarle cincuenta duros á cambio de dos millones de reales en papel que el «paisano» tenía enterrados á muy pocos pasos del puente nuevo, y que no podía recoger porque precisamente vivía allí uno que hacía dos noches le había amenazado de muerte.

El *tío Narigotas* dudó un instante...

La avaricia venció su eterna desconfianza y entregó al otro los cincuenta duros.

— ¡Lo he *engañao!* ¡*Mia* tú que por *habele amenaza!* ¡Si hay *ca tontol!*

* *

Excuso decir á ustedes que los dos millones en papel eran unos cuantos folletines de *El Liberal* cuidadosamente colocados en un sobre.

El *tío Narigotas* creyó que se le venía el mundo encima.

— ¡Y decía que era paisano mío! ¡Ladrón! En la Almunia no *si* engaña á *nai*, ¡ni se *ricortan* los *folletines!*

Medio loco, sin saber lo que hacía, más autómatas que hombre, volvió á Zaragoza, compró unas cuantas cosas de las más precisas, y pensando en su estupidez, que no se perdonaría jamás, dió vueltas y vueltas por la heroica ciudad hasta que la noche vino á sorprenderle en su arrobamiento «interesado.»

— No siento yo los cincuenta duros, se decía. ¡Yo lo *qui* siento son los dos millones!

* *

Preocupado, por si su tardanza alarmaba á los de su casa, volvió á la posada, resuelto á ponerse en camino inmediatamente.

— Yo no les digo jota de lo *ocurrió...* ¡*Pus* no me faltaba más que eso!.. ¡*Qui* encima *si* burlaran de mí!

Llegó al punto de su destino, entró en el patio, desató la burra, echó en el serón las chucherías que había comprado, montó y ¡al pueblo!

A la salida de Zaragoza se encontró á un criado de la posadera.

— ¡*Maño!* exclamó al verle. Dile á la *tía Monifacia qui mi voy sin despedime* de ella porque se me ha hecho muy tarde... ¡*Qui* no lo eche á *disprecio!*

Y espoleó á la burra y siguió carretera adelante.

De repente una idea cruzó por su cerebro. — ¡*Paches!* Con la rabia *qui mi ha dao* el dichoso chasco... A mí *si mi ha olvidao* algo... ¡*Otra!* Yo *mi he dejao* algo en Zaragoza... ¡Por vida!.. ¡*Na, qui no mi acuerdo!*.. ¡Hay días *qui* merecen ser martes y trece!.. La navaja..., la *cebá...*, la tela..., la peineta ..,

contribuyó á la suscripción con 100.000 marcos (125.000 pesetas), según se dice, respondió el público con gran entusiasmo, recaudándose en muy poco tiempo los fondos necesarios para la realización de la obra.

Anunciado un primer concurso, acudieron á él con sus bocetos los más ilustres escultores alemanes; pero el jurado, del que formaban parte algunos artistas extranjeros, como el parisiense Mercié y el belga Van der Etappen, decidió que ninguno de los proyectos presentados merecía ser ejecutado. Abrióse entonces nuevo concurso entre un número reducido de escultores, ofreciéndose á cada uno de los concursantes una indemnización en dinero y tres premios especiales á los autores de los tres mejores bocetos.

El día 5 de noviembre último expusieron los proyectos, habiendo el jurado concedido el primer premio al de Gustavo Eberlein, que adjunto reproducimos, el segundo á Ernesto Freese y el tercero á Hernán Hosaus.

El boceto de Eberlein es en extremo original: en él la estatua del maestro á cuya memoria está dedicado el monumento no aparece en lo alto del pedestal, sino al pie del mismo, delante de la cara del zócalo, alzándose sobre aquél una figura ideal que se apoya en un arpa y tiene en la mano la máscara de la tragedia. Wagner está sentado en un sillón, erguida la genial cabeza, cuya fisonomía está animada por el mayor entusiasmo, como si escuchara dentro de su mente los acordes de armonías misteriosas. Las otras caras del pedestal están ocupadas por varias figuras tomadas de los cuatro grandes dramas musicales del ilustre maestro: *Tanhäuser* vestido de peregrino, mortalmente herido y en actitud llena de movimiento; *Lohengrin*, desnudo como personificación de un héroe ideal, cubierta la cabeza con el casco y llevando la espada en alto; *Elsa* amorosamente reclinada sobre los hombros de su salvador; detrás de ellos *Ortruda*, presa del dolor y de la cólera, maldiciéndolos; el *Nibelungo Alberico* rodeado de las hijas del Rhin; y *Parsifal*, desnudo también, levantando con ambas manos el cáliz del Graal.

Los ángulos del basamento están adornados con cuatro frescos en relieve, cuyas copas se dividen debajo del friso.

El proyecto de Freese, que lo ha modelado en colaboración con el arquitecto Brurein,

representa á Wagner sentado sobre un zócalo que se alza delante de una especie de banco, en cuyos extremos se ven dos figuras ideales: la característica de esta obra es una gran simplicidad, pero la estatua del maestro no expresa con bastante exactitud el modo de ser del músico inspirado.

En el proyecto de Hosaus, Wagner está representado únicamente por un busto puesto dentro de un nicho en la cara delantera del pedestal: sobre éste hay un caballero con armadura de bronce pulsando un arpa y montado en un caballo alado.

La crítica unánime ha aplaudido el fallo del jurado al conceder el primer premio al boceto de Eberlein; y si éste, como es de esperar, merece la aprobación del emperador, comenzarán en seguida los trabajos para su ejecución, y antes de poco podrá admirarse en la capital de Alemania un monumento digno del genio cuyo nombre llena una de las más gloriosas páginas de los anales del arte musical, del hombre que un día despreciado, perseguido casi como un criminal, tratado como loco, pudo en vida presenciar el triunfo de sus ideales, verse objeto de la admiración del mundo entero y asistir á la más grande de las apoteosis. — R.



PROYECTO DE MONUMENTO Á RICARDO WAGNER, QUE HA DE FRIGIRSE EN BERLÍN.
Obra de Gustavo Eberlein, que ha obtenido el primer premio en el concurso

la faja..., el pañuelo... ¡*Mia, qui* se preocupe el Nuncio!..

* *

En la puerta de su casa esperaba al *tío Narigotas* uno de sus hijos.

— Padre, dijo al verle llegar, ¿dónde se ha *quedao* madre?..

Y el baturro, dándose un golpe en la frente con la palma de la mano derecha, exclamó á renglón seguido:

— ¡*Ridiez!* ¡Ya *icia* yo *qui* se *mi* había *olvidao* algo!..

FELIPE PÉREZ CAPO.

MONUMENTO A RICARDO WAGNER

Por iniciativa de un comité de berlineses admiradores de Wagner, proyectóse hace algún tiempo la erección en Berlín de un monumento que conmemorara de una manera digna la gloria del inmortal maestro de Bayreuth. Al llamamiento del comité, uno de cuyos miembros, el comerciante Leichner,

EL ESCULTOR PABLO TROUBETZKOY

En las exposiciones de estos últimos años ha llamado la atención una serie de escultores italianos

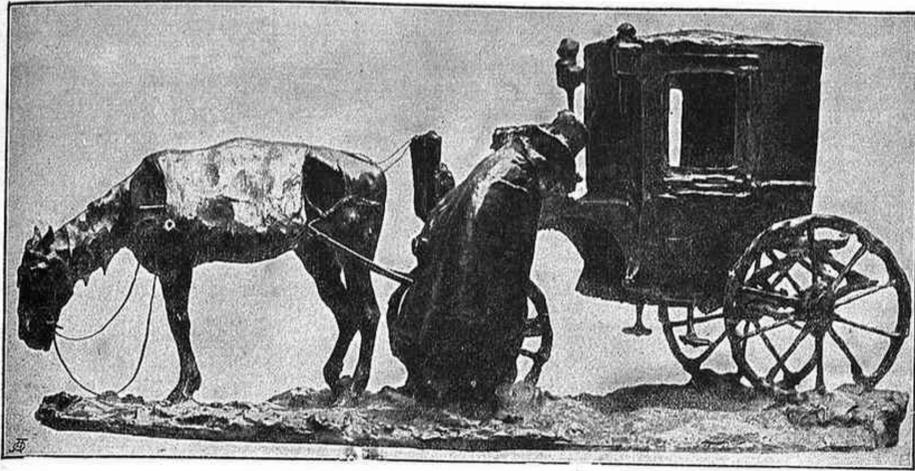
el género que mejor se amoldaba á sus facultades y que poseía suficiente dominio de la técnica para cultivarlo y fuerza de voluntad bastante para proseguir por la senda emprendida, sin preocuparse de las resistencias y de las hostilidades que encontró en un principio y sin dejarse embriagar más tarde por los grandes éxitos que obtuvo.

bustos, sobre todo, son de una perfección extraordinaria bajo todos conceptos; en ellos se reconoce la fisonomía moral de los personajes retratados.

No menos excelencias se admiran en sus grupos, la mayoría de los cuales son tan delicados, sobre todo cuando representan á una madre con su hijo, que con razón le han valido el dictado de escultor del amor maternal.

De muy distinto género, así desde el punto de vista objetivo como bajo el concepto de la ejecución, son otros grupos, como, por ejemplo, el del *Coche de punto*, que reproducimos en esta página: esta obra es la mejor prueba que puede presentarse en demostración de lo que antes decimos acerca de la habilidad con que el artista sabe dar movimiento á sus figuras.

Pero donde mejor se ve el talento de Troubetzkoy es en la reproducción de los animales. Nadie le aventaja en dar forma plástica á la bondad del perro, á la pereza de la vaca, á la pesadez del elefante,



COCHE DE PUNTO EN DÍA DE NIEVE, escultura de Pablo Troubetzkoy

que han demostrado con sus obras el constante progreso del arte plástico en Italia: junto á un maestro de la forma y de la expresión intensa como Trentacoste, encontramos un realista vigoroso, casi brutal, como Cifariello, y un soñador poético y simbolista sugestivo como Biotolfi. Pero el que más moderno se ha mostrado y el que desde sus primeros pasos en la carrera del arte se ha presentado más desligado de toda tradición académica y siguiendo por propio impulso su camino, es indudablemente Pablo Troubetzkoy. Tal vez se encuentre en él alguna afinidad con ciertos escultores franceses como Meunier y Rodin, en punto á la reproducción del movimiento y

sión de la vida, y para ello, no contento con buscar sus asuntos en la vida corriente y con dar forma al modo de ser anímico del hombre moderno, creóse medios de expresión propios y adoptó esa técnica á primera vista extraña, pero que, atentamente examinada, produce la ilusión de que las figuras respiran.



LA NIÑA Y EL PERRO, escultura de Pablo Troubetzkoy

á la indolencia del camello, á la agilidad del rangífero y sobre todo á la nerviosa elegancia del caballo.

Aunque parezca mentira, el Estado italiano no ha confiado á Troubetzkoy ningún trabajo de importancia; mas con ello no ha desmerecido en lo más mínimo el concepto que del artista se tiene formado en el extranjero: cada exposición internacional ha sido para él un nuevo triunfo. En Rusia, sobre todo, es Troubetzkoy el escultor mimado de las clases elevadas, y los centros directivos hacen cuanto pueden por atraerlo á su patria originaria, habiéndole nombrado hace tres años profesor de la Academia de Artes Plásticas de Moscou y otorgado el primer premio en el concurso para una estatua ecuestre colosal de Alejandro III.

En la última Exposición Universal de París, los comisarios italianos le regateaban el sitio para sus obras; los rusos, en cambio, le facilitaron todo el que quiso, resultando de ello que Troubetzkoy fué premiado con el gran diploma de honor como «escultor ruso.» - V. P.



Busto modelado por Pablo Troubetzkoy

del elemento pintoresco; pero así como éstos representan la fuerza y la violencia, aquél se preocupa en primer término de la gracia, de la elegancia, de los más nobles y delicados sentimientos.

Aunque de origen ruso, bien puede considerarse á Troubetzkoy como italiano, porque en Italia nació y se educó, y allí, en Lombardía, ha pasado casi toda su existencia. Contrariando la voluntad de su padre, que quería que fuese militar, á pesar de haber demostrado desde muy niño su hijo grandes aptitudes artísticas, entró en 1884, á la edad de diez y ocho años, en el taller de Ernesto Bazzaro, de Milán; pero muy pronto comprendió que aquella enseñanza no se avenía con su modo de ser y que su carácter le impulsaba á ver las cosas de muy distinta manera, por lo que al cabo de un mes se separó de aquel maestro y comenzó á estudiar directamente la naturaleza.

Los primeros trabajos que expuso eran una prueba del poco valor que daba á las reglas académicas; de aquí las censuras que merecieron de muchos, si bien no faltó una buena parte del público que los encontró encantadores. Pero aquellos trabajos, tratándose de quien como Troubetzkoy jamás sintió las vacilaciones á que tan propensos son los principiantes, demostraron que el artista había encontrado



INDIO Á CABALLO, escultura de Pablo Troubetzkoy

Aunque no cuenta más que treinta y cinco años, son tantas las obras que ha producido, que para dar una idea clara de ellas es necesario clasificarlas por categorías.

Comenzaremos por las estatuas, de tamaño natural unas, de reducidas proporciones otras, que han conquistado gran celebridad á Troubetzkoy como escultor de las femeniles gracias que ha logrado reproducir con todos los encantos complicados y característicos que el traje moderno les presta. Buena muestra de ello es el bellissimo busto que publicamos. Sigue luego una serie de retratos de hombres, en los que el artista, merced á su técnica impresionista, ha logrado, no sólo reflejar el elemento espiritual, la viveza nerviosa de sus modelos, sino que también dar un aspecto agradable al antiestético traje de nuestros días. Sus



Grupo modelado por Pablo Troubetzkoy

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

GRAN CONCURSO UNIVERSAL DE CARTELES ANUNCIADORES DE LOS CIGARRILLOS «PARIS»

La vida del opulento industrial D. Manuel Malagrida ha sido bastante accidentada hasta llegar á la conquista de la posición social que hoy merecidamente disfruta. Muy joven dejó su pueblo natal, el histórico Olot, para pasar á Barcelona á ser simple dependiente de una casa comercial; pero por el año 1886 trasladóse á París, deseoso de ensanchar más su círculo de acción trabajando como comisionista, atendiendo ofertas de los comerciantes con quienes había estado en relación. Hombre activo y económico, reunió algunos ahorros, principalmente durante el período de la Exposición Universal de 1889; pero los empleó en obsequios y servicios á catalanes amigos y comerciantes, quienes tuvieron en el Sr. Malagrida un amable y desprendido *cicerone*.

En aquel entonces todos prometieron grandes negocios, y en efecto, terminado el gran certamen, lloviéronle pedidos de precios de diferentes artículos, pero escasas órdenes de compras. Intrigado, preguntó en las fábricas y supo que los negocios los hacían los peticionarios directamente para ahorrarse el pago de la pequeña comisión.

Disgustado profundamente de tanta ingratitud, en un raptó de aburrimiento y mal humor, un buen día tomó el resto de sus economías, que en total se elevaban á seiscientos francos, y los perdió en las carreras de Longchamps.

Vendió entonces cuanto le pertenecía y en Burdeos tomó pasaje de tercera clase en el vapor *Nertha*. Ya navegando con rumbo á Buenos Aires, se enteró que había sido estafado una vez más; pues el pasaje que le había costado doscientos cincuenta francos, resultó ser de emigración pagado por el gobierno argentino.

Colocóse como dependiente en la casa de comercio del español D. José Bas, en la ciudad de Córdoba, y á los seis meses, un día, sin más ni más, obedeciendo á inspiración repentina, se despidió de su principal, á pesar del aprecio en que éste le tenía, tomando aquella misma tarde el tren para Buenos Aires. Al amanecer del día siguiente y al llegar á Rosario, enteróse por un boletín extraordinario de los estragos causados durante la noche anterior por el desbordamiento de las aguas en Córdoba, siendo la casa de D. José Bas la más castigada, habiendo estado á punto de perecer ahogados todos sus moradores.

En Buenos Aires fundó un boliche de cigarrería en la calle «Veinticinco de Mayo», base de su actual fortuna; y recordando el Sr. Malagrida al genial é industrial Sr. Escuder, de Barcelona, anunció sus cigarrillos, como el otro sus famosas máquinas de coser, por medio de un colosal bombo y de un enorme cañón neumático, tirado cada uno por seis hermosos caballos ricamente enjaezados, acreditando así rápidamente sus marcas y

creciendo su fortuna como por arte de encantamiento.

Hoy es el Sr. Malagrida el fabricante de cigarrillos, más poderoso de la República Argentina; y como industrial, el primero que ha dado la hermosa y tras-

tísticas ó sociales de cada colonia residente en esta localidad que nombrasen un miembro cada una, nombramiento que después fué ratificado por el ministro plenipotenciario de cada país respectivo.

De acuerdo, pues, con dicha cláusula, el Jurado quedó constituido por los señores siguientes:

Dr. D. Miguel Cané, argentino, nombrado por la casa organizadora del concurso para representar á las nacionalidades que no la tuvieran directa. — *D. Ernesto de la Cárcova*, argentino, en representación de la República Argentina, nombrado por la Sociedad «Estímulo de Bellas Artes.» — *D. Angel Tommasi*, italiano, en representación de la colectividad italiana, nombrado por la «Associazione Artistica.» — *D. Emilio Hugé*, francés, en representación de la colectividad francesa, nombrado por el «Club Francés.» — *Don José Turtl*, alemán, en representación de la colectividad alemana, nombrado por el «Deutscher Schulverein.» — *Doctor D. José Solá*, español, en representación de la colectividad española, nombrado por el «Club Español.» — *D. W. Ferris*

Biggs, inglés, en representación de la colectividad inglesa, nombrado por la «Sociedad Literaria Inglesa.» — *Dr. D. Ernesto Frías*, oriental, en representación de la colectividad uruguaya, nombrado por el «Club Oriental.» — *D. Godofredo Nüesch*, suizo, en representación de la colectividad suiza, nombrado por la «Sociedad Federal Suiza.»

Caballeros de competencia y seriedad tan reconocidas, fueron garantía de la más perfecta imparcialidad y justicia, y ellos, entusiasmados por el grandioso éxito, trabajaron con ahinco, celebrando múltiples sesiones y pronunciando su veredicto en la noche del 23 de octubre.

Los premios fueron concedidos por el orden siguiente: primero, de 10.000 francos, á Alcardo Villa, de Milán; segundo, de 5.000, á Leopoldo Metticowitz, de Milán; tercero, de 2.000, á Ramón Casas, de Barcelona; cuarto, de 1.000, á Pío Collivadino, de Roma; quinto, de 750, á Aleardo Villa, de Milán; sexto, de 500, á A. Vaccari, de Buenos Aires; séptimo, de 500, á Albin Gaspary, de Buenos Aires, y el octavo, de 500, á Carlos Michel, de Bruselas.

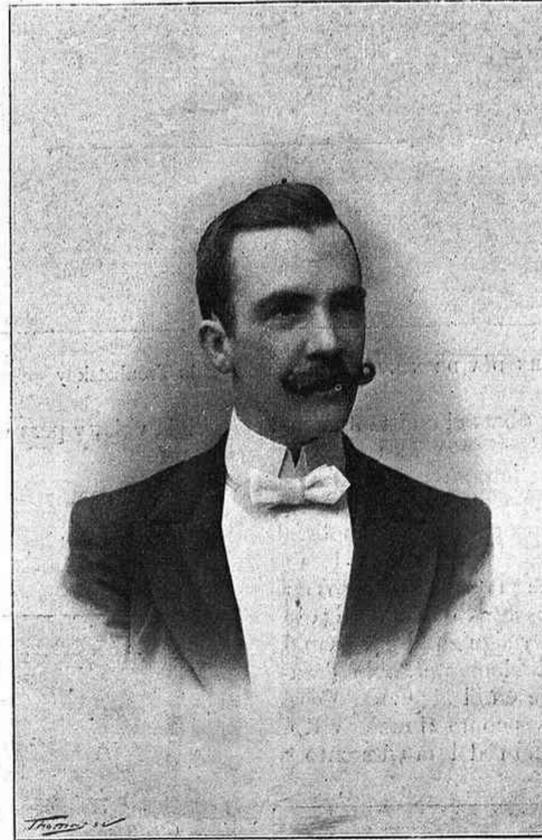
En el presente número se reproducen dichos carteles, junto con el de Manuel Mayol, de Buenos Aires, que ha obtenido un segundo accésit.

Los siete accésits de 250 francos cada uno se adjudicaron: á Manuel Mayol, de Buenos Aires; á José Sanz y Arizmendi, de Sevilla; á Laureano Barrau, de Barcelona; á Albin Gaspary, de Buenos Aires; á Javier Gosé, de París; á Eugenio Vavasseur, de Asniers, y á V. P. Tapin, de París.

Viendo el Sr. Malagrida que quedaban muchos carteles dignos de premio, puso á disposición del Jurado 3.200 francos más para que los distribuyera



D. MANUEL MALAGRIDA, propietario de la fábrica de cigarrillos «Paris», iniciador del concurso de carteles



D. ENRIQUE CASELLAS, Secretario del concurso de carteles de la fábrica de cigarrillos «Paris»

centenal nota de los concursos artísticos, desconocidos en América.

Si el primero fué de resultados grandes, el actual ha adquirido proporciones colosales. A 555 se eleva el número de carteles presentados dentro del plazo fijado, y por los envases y resguardos pedidos se ha venido en conocimiento de que los hay de Alemania, Francia, España, Portugal, Italia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Austria Hungría, Rusia, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Grecia, Turquía, Estados Unidos, Filipinas, Japón, Cuba, Puerto Rico, Méjico,



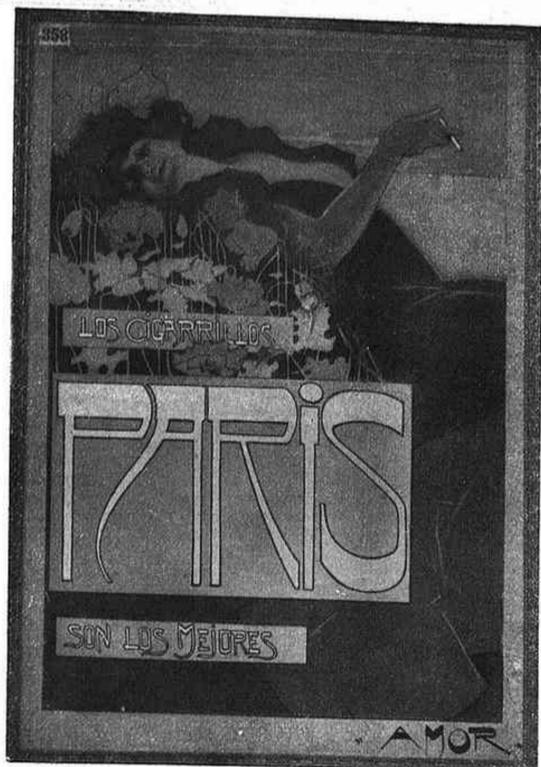
EL JURADO. — SRES. TURTI, TOMMASI, SOLÁ, FRÍAS, CANÉ, DE LA CÁRCOVA, NUESCH, BIGGS Y HUGÉ

Santo Domingo, San Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú, Chile, Venezuela, Colombia, Brasil, Paraguay, Uruguay y República Argentina.

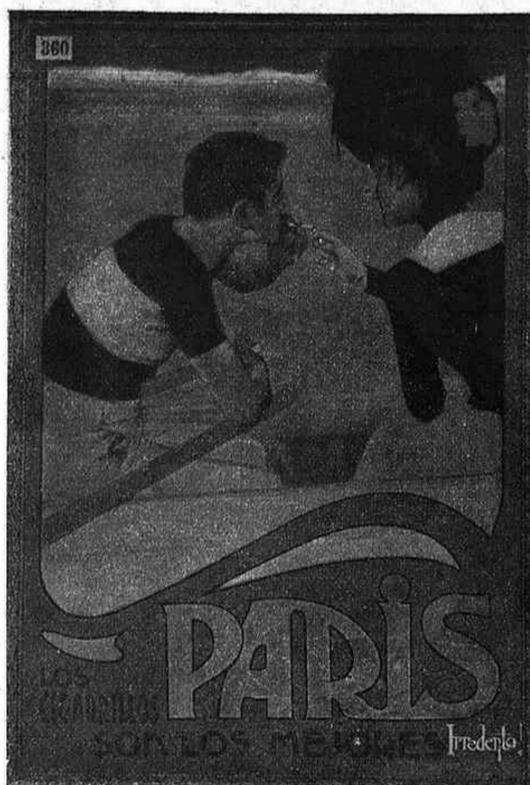
Con la rectitud que tanto le caracteriza, quiso el Sr. Malagrida que el Jurado fuera lo más imparcial é inteligente posible, pidiendo á las asociaciones ar-

ry, de Buenos Aires; á Javier Gosé, de París; á Eugenio Vavasseur, de Asniers, y á V. P. Tapin, de París.

Viendo el Sr. Malagrida que quedaban muchos carteles dignos de premio, puso á disposición del Jurado 3.200 francos más para que los distribuyera



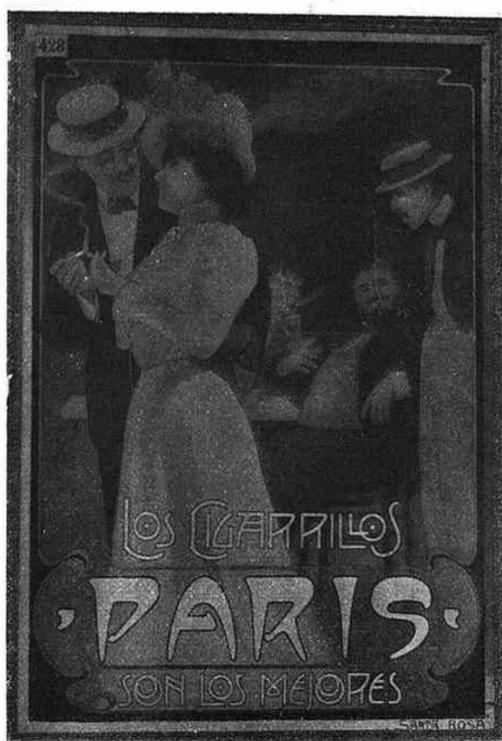
Cartel de A. Villa. - 1.º premio, 10.000 francos



Cartel de L. Metticovitz. - 2.º premio, 5.000 francos



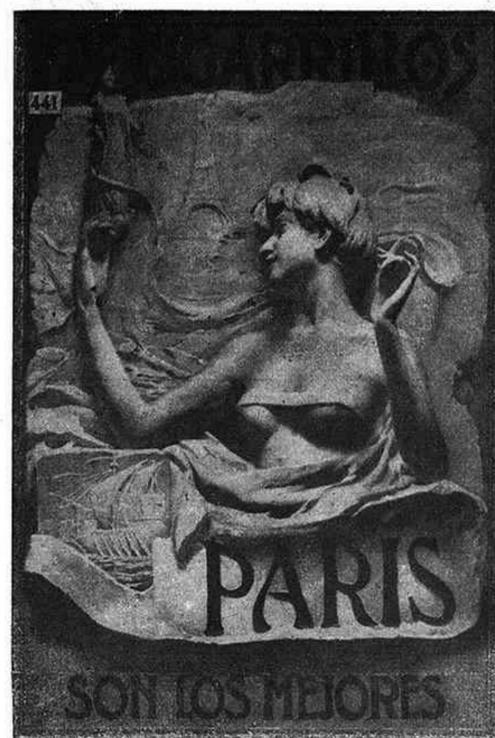
Cartel de R. Casas. - 3.º premio, 2.000 francos



Cartel de P. Collivadino. - 4.º premio, 1.000 francos



Cartel de A. Villa. - 5.º premio, 750 francos



Cartel de A. Vaccari y T. Tasso. - 6.º premio, 500 fcos.



Cartel de A. Gaspari. - 7.º premio, 500 francos

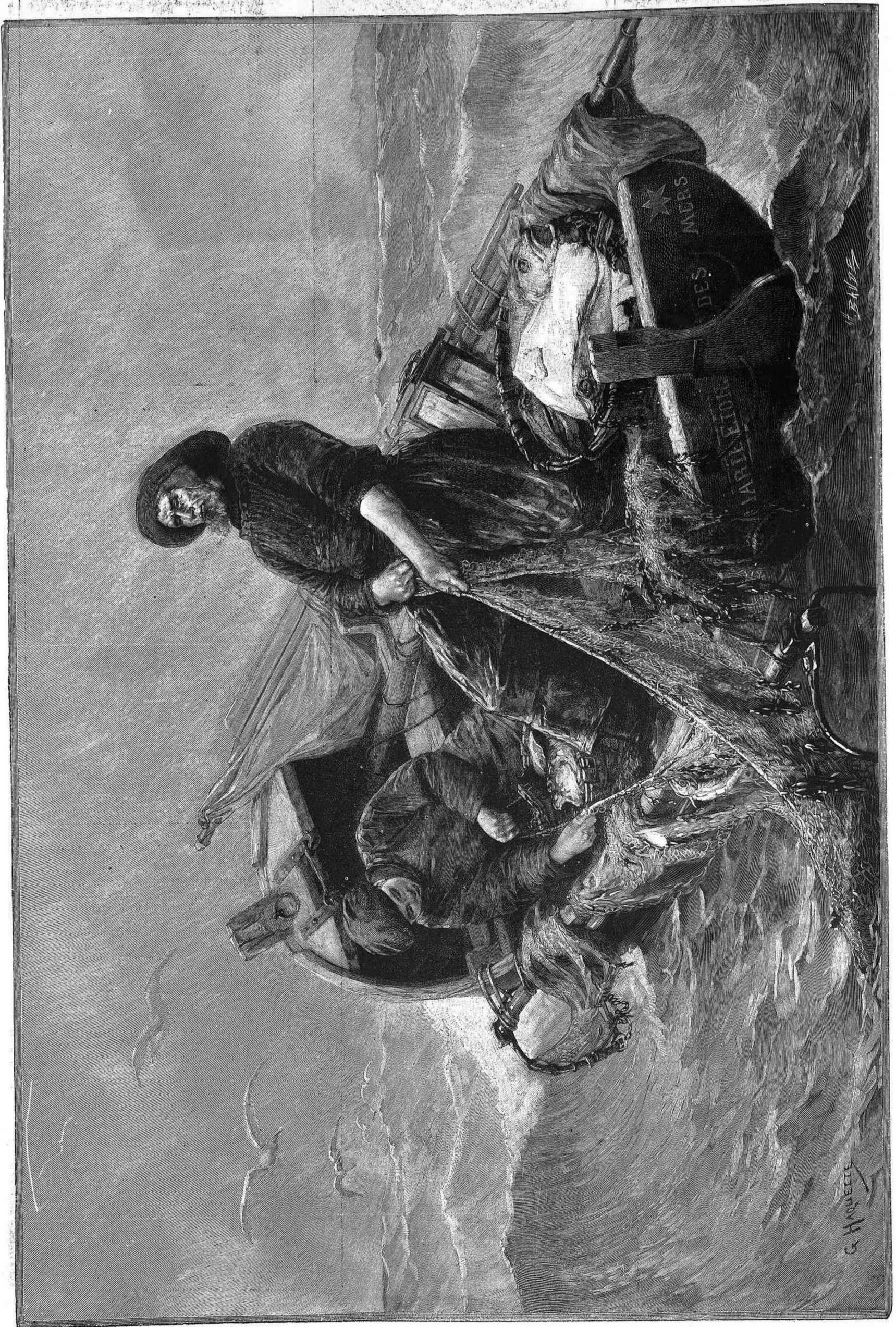


Cartel de C. Michel. - 8.º premio, 500 francos



Cartel de M. Mayol. - 2.º accésit, 200 francos

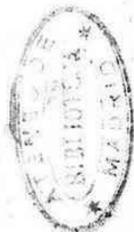
REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - GRAN CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS.» - CARTELES PREMIADOS
(de fotografías remitidas por D. Justo Solsona)



RECOGIENDO LAS REDES, cuadro de G. Haquette



EN LA SALA DE ARMAS, cuadro de S. Sánchez Barbudo



á su juicio, creando 16 segundos accésit de 200 francos cada uno, resultando agraciados con ellos los siguientes artistas: P. Tera, de Buenos Aires; Francisco Benesch, de Lomas de Zamora; Manuel Mayol, de Buenos Aires; Belmiro de Almeida, de Río Janeiro; Helmann Pfeiffer, de Budapesth; Gatchino, de San Petersburgo; J. Simont Guillen, de París; Wladimir Zupansky, de Praga; Pedro Ribera, de París; Giovanni Carpanetto, de Turín; Fernando Alberti y Barceló, de Madrid; Max Hubener, de París; Ettore Bigliardi, de Milán; Francisco Benesch, de Lomas de Zamora; Luis Palao, de Madrid, y Arthur Foache, de París.

Resultado: 31 carteles premiados con un total de 25.200 francos.

Y no paran aquí la rectitud y el desprendimiento de nuestro paisano D. Manuel Malagrida, sino que prepara un viaje á Europa, que piensa realizar á principios del año próximo, con el objeto de llevar consigo todos los carteles premiados y hacer con ellos una pequeña exposición libre en Madrid, Barcelona, París, Roma y otros puntos, á fin de que los artistas concurrentes se den cuenta exacta de la rectitud y acierto con que ha procedido el Jurado.

Y por justicia, debemos hacer constar que buena parte del éxito se debe á los acertados trabajos preparatorios llevados á cabo por el notable escritor catalán D. Enrique Casellas, secretario del concurso.

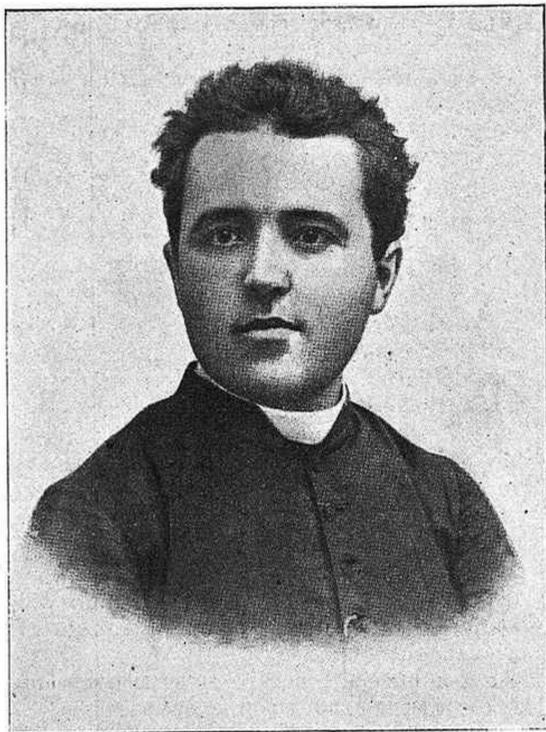
A lo dicho sólo nos resta agregar que todo Buenos Aires, así las clases elevadas como las humildes, han visitado la interesante exposición, y que el grandioso local donde estaba instalada fué siempre pequeño para contener la enorme concurrencia, calculándose en más de veinte mil personas las que por término medio la visitaron diariamente, no decayendo la animación lo más mínimo durante todo el mes de octubre hasta el 4 de noviembre, en que se cerró con una fiesta de beneficencia á favor de la caja de repatriación de la Asociación Patriótica Española, fiesta que dió muy pingües resultados.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires. Noviembre.

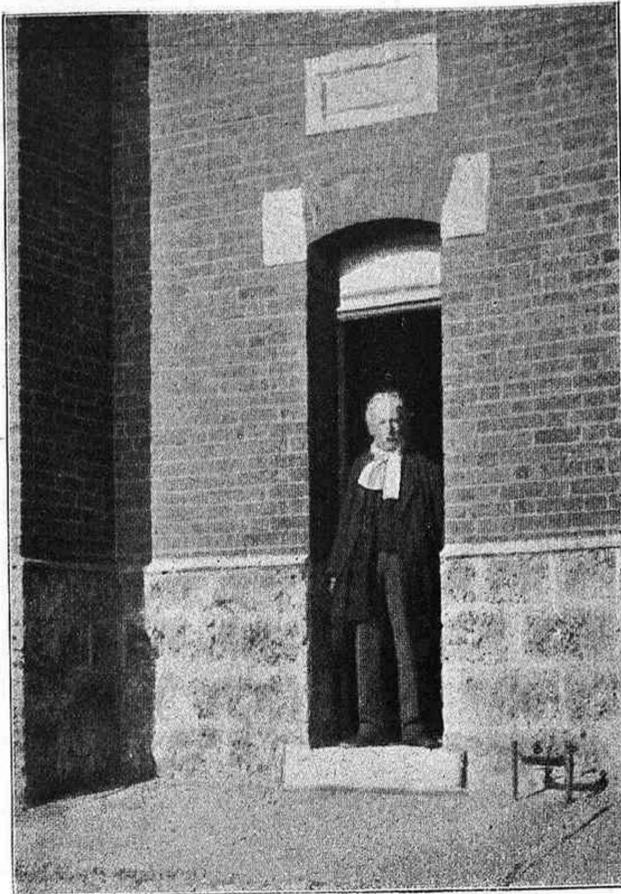
NUESTROS GRABADOS

El abate Lorenzo Perosi.—Este eminente compositor italiano acaba de obtener un nuevo y grandísimo triunfo en



EL ABATE LORENZO PEROSI, autor del oratorio «Moisés», que se ha ejecutado recientemente en Milán con éxito extraordinario

Milán con su oratorio *Moisés*, que ha sido ejecutado en la iglesia de Santa María della Pace, recientemente restaurada y convertida en salón de conciertos con el nombre de Salón Perosi. La imponente figura del libertador del pueblo hebreo no está tratada en esta obra más que en un episodio de su existencia, el relacionado con el Exodo, lo cual hace pensar que el oratorio es sólo la primera parte de un ciclo que el autor tiene el propósito de completar más adelante. El prólogo comienza con la llegada de Moisés á la casa de Raquel, tiene un carácter puramente idílico y pastoril y termina con una página llena de pasión y en extremo inspirada. En la primera parte, *El zarzal ardiente*, que empieza con un prelude dulcísimo, sobresalen el grave canto de Jehová, los gritos del pueblo esclavizado y sobre todo la escena de la inmolación del cordero, que resulta de



El ilustre profesor BERTHELOT, en la puerta de su famosa torre de Meudón. (En la Sorbona de París se ha celebrado últimamente con gran solemnidad el 50.º aniversario del ingreso de Berthelot en el profesorado.)

un efecto imponderable. La música del último episodio, *El paso del mar Rojo*, es de gran potencia sugestiva; describe admirablemente los sentimientos de Moisés y la huida de los hebreos al verse perseguidos de cerca por los egipcios: la marcha heroica y el paso del mar son dos piezas que revelan el profundo estudio que ha hecho Perosi de la polifonía wagneriana.

El *Moisés* ha sido dirigido por el notable maestro Toscanini y cantado por el barítono Sammarco, la soprano Pinta, el bajo Luppi y los tenores Manucci y Tronti, artistas tan ventajosamente conocidos en el mundo musical que han ejecutado la obra con tanto acierto como cariño. Los coros y la orquesta, que eran nutridísimos y estaban compuestos de valiosísimos elementos, llenaron completamente su cometido.

El profesor Berthelot.—París acaba de tributar honores solemnes á este ilustre sabio, cuyo nombre constituye una de las más grandes y más legítimas glorias de la ciencia moderna; en efecto, la Sorbona ha conmemorado el día 24 de octubre último el 50.º aniversario del ingreso de Eugenio Berthelot en el profesorado, y á las fiestas celebradas en su honor han concurrido sabios de distintos países, que con su presencia han querido demostrar su admiración y su respeto al insigne químico.

Eugenio Berthelot nació en París en 27 de octubre de 1827, y en 1851 entró en el Colegio de Francia como ayudante de Balard. En 1859 fué nombrado profesor de la Escuela superior de Farmacia, y en 1865, á petición de la Academia de Ciencias, se creó para él en aquel colegio una cátedra de química orgánica, desde la cual, y sobre todo desde el laboratorio por él erigido en su famosa torre de Meudón, propagó sus grandes descubrimientos. En 1875 publicó su *Ensayo de mecánica química fundada en la termoquímica*, obra en la cual comprendió la serie de sus investigaciones desde 1860, es decir, desde que dió á luz su *Química orgánica fundada en la síntesis*, que ha quedado como obra clásica. Otro libro suyo muy curioso hasta para los profanos es *Orígenes de la alquimia*, compuesto con admirable método sobre manuscritos inéditos de alquimistas griegos que se remontan á los primeros siglos de la era cristiana. El número de sus artículos publicados en revistas y de sus memorias presentadas á las corporaciones académicas, es prodigioso; algunos de ellos han sido por él recopilados en un tomo con el título de *Ciencia y Filosofía*. Pertenece á la Academia de Medicina desde 1863, y á la de Ciencias, de la que es secretario perpetuo, desde 1873; es además miembro de la Academia Francesa, senador inamovible desde 1881; ha sido ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y es comandante de la Legión de Honor.

Sus principales trabajos se refieren especialmente á la síntesis química, es decir, á la reproducción de substancias que entran en la composición de seres organizados, y á la termoquímica, ó sea á la explicación y determinación de las condiciones en que han de verificarse las reacciones químicas por el estudio del trabajo molecular que en las mismas se verifica, apreciado por las cantidades de calor absorbidas ó desprendidas en cada composición ó descomposición.

Sus investigaciones han abierto nuevos y dilatados horizontes á la ciencia química.

Mujer veneciana, cuadro de César Laurenti.

—En Venecia se llama *calera* á la mujer del pueblo que se pasa el día más en la calle que en su casa: va despeinada, viste un traje sucio y á menudo harapiento y puesto con tal descuido que no siempre queda todo el cuerpo debidamente tapado, lleva las mangas arremangadas y sobre la cabeza un pañuelo que más bien parece un trapo. Sus modales son atrevidos, iró-

nicos, insolentes, y tan agresivas como las palabras tiene las manos, siempre dispuestas á soltarle una guantada al mismo lucero del alba. Cuando rifien dos *caleras*, el espectáculo es más que curioso, interesante, porque por sus bocas salen vocablos que no se encuentran en ningún diccionario y frases que por lo gráficas parecen esculpidas y por lo crudas semejan latigazos, acompañadas de ademanes y movimientos en extremo pintorescos y de miradas que punzan como puñales. Uno de estos tipos es el que ha servido al eminente pintor César Laurenti de modelo para el cuadro que publicamos y que llamó poderosamente la atención en la exposición celebrada en Venecia en el presente año: en él nos presenta á una *calera* joven, bellísima, que responde perfectamente á los caracteres del tipo que dejamos descrito: está á la puerta de su casa, de pobrísimo aspecto y situada en una callejuela en donde apenas penetra la luz y circula el aire. Esta figura trazada por el pintor italiano tiene una viveza de expresión extraordinaria, avalorada por una ejecución vigorosa, cual corresponde á la clase de mujer que le ha servido de asunto para su lienzo.

Echando las redes, cuadro de G. Haquette.

—El género á que pertenece el asunto de este cuadro es de los que pueden llamarse inagotables para el artista: el mar y la existencia del marinero ofrecen tantos aspectos distintos y todos tan hermosos, que por mucho que se reproduzcan, siempre presentan alguna novedad y siempre resultan interesantes. Sólo se necesita para ello que el pintor sepa sentirlos; que los mire, no simplemente como curioso, sino como artista, como poeta; que sepa observarlos atentamente, y que cuando llegue el momento de trasladar el asunto á la tela tenga en cuenta, tanto lo que viere sus ojos, cuanto lo que sintió su alma al contemplar el espectáculo de la naturaleza. Esto por lo que toca al fondo del asunto, que en cuanto á la forma, innecesario nos parece decir todo lo que con el mar se relaciona se presta admirablemente á esas notas de luz y de color que constituyen uno de los mayores atractivos de la obra de arte. El pintor francés Haquette ha llenado completamente todas estas condiciones en el cuadro que reproducimos: el tema de la composición está admirablemente sentido, la escena cuidadosamente observada y en punto á la técnica no puede pedirse mayor corrección de dibujo ni mejor combinación de tonos, entre los cuales predominan los claros y alegres, propios de uno de esos días serenos, en que el sol brilla en el firmamento con toda su intensidad, la atmósfera es límpida, diáfana, pura, y la superficie del mar ofrece esos hermosos cambiantes que ejercen sobre el que los contempla una atracción irresistible.

En la sala de armas, cuadro de S. Sánchez Barbudo.

—Existe en pintura una escuela que las veleidades de la moda no han podido destruir: nos referimos al género pictórico que busca los asuntos en pasadas edades y el efecto estético en la acumulación de figuras y de accesorios y en la combinación de colores, y que algunos han censurado por entender que esas reproducciones de tipos y escenas de antiguos tiempos no pueden interesarnos porque necesariamente han de ser convencionales. No es nuestro propósito discutir esta afirmación que nos parece exagerada, pues entendemos que en materia de pintura todos los géneros pueden realizar los fines del arte; y no será tan malo el que nos ocupa, cuando vemos que lo cultivan todavía notables artistas en todos los países y que los cuadros en el mismo inspirados fácil salida en todos los mercados del mundo. Prescindiendo de estas consideraciones, preciso es confesar que las obras como la del ilustre pintor español Sánchez Barbudo revelan en sus autores, en primer término un paciente estudio para identificarse con el modo de ser de épocas que fueron, y en segundo aptitudes técnicas dignas de la mayor alabanza. En ellas el autor tiene que realizar un poderoso esfuerzo para impresionar al público con un espectáculo para éste desconocido; y á fin de lograr este efecto necesita, no sólo un gran caudal de conocimientos, sino que también un dominio absoluto de cuanto se relaciona con la composición, con el dibujo y con el colorido. Así lo ha puesto de manifiesto el autor de *En la sala de armas*, que figura entre los más eminentes pintores españoles contemporáneos.

Guerra anglo-boer. El comandante Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte.

—La conducta seguida por Inglaterra en el África del Sur, ha de merecer la reprobación de todos los pueblos que estimen en algo las ideas de justicia y de humanitarismo. No le basta á la poderosa nación haber emprendido una inicua guerra de conquista contra dos pueblos que nada han hecho contra ella; no le basta haber llevado la ruina y la desolación á aquellos territorios; es preciso que la crueldad complete la obra por todos conceptos reprochable, que el terror se imponga para que la explotación se consuma. Y para lograr esto, todos los medios les han parecido buenos á los ingleses: han incendiado granjas, han confiscado bienes, han decretado destierros en masa, han sacado de sus hogares á infelices mujeres y niños para someterlos á toda suerte de vejaciones en los campamentos de reconcentrados, y han recurrido, por fin, al asesinato, que no otro nombre merecen las numerosas ejecuciones de caudillos boers continuamente llevadas á cabo. Es muy cómodo esto de declarar rebeldes á los que con las armas en la mano defienden la independencia de su patria; es muy fácil, invocando esta declaración, pronunciar todos los días sentencias de muerte; pero este aspecto de legalidad con que los ingleses pretenden justificar su conducta no ha de convencer á nadie que de civilizado se precie. Y en cuanto á los boers, objeto de tan injustas y crueles medidas, bien demuestran que el sistema terrorífico no hace mella en su ánimo, puesto que prosiguen la lucha cada día con más ardor, resueltos á no ceder mientras haya uno de ellos con vida y á vender cara la ruina de su raza.

El comandante Lotter, á quien se refiere el grabado que reproducimos, fué fusilado en Middelburg en 12 de octubre último; había sido condenado á la pena de horca, que le fué conmutada (?) por la de ser pasado por las armas. Murió con el valor y la serenidad de los que al dar la vida por su patria, saben que la sangre de los mártires es necesaria para el triunfo de todas las causas santas.



Poco rato después se hallaba Teodoro en su casa, libre para reflexionar á sus anchas

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El teniente, que era de temperamento irritable, regresó á su casa con el más negro humor, contra lo que su esposa esperaba, y sintiéndose incapaz de disimular ante ésta, por quien sentía verdadera adoración, pretextó tener graves ocupaciones del servicio. Poco después de la comida se encerró en su despacho, sacando de un armario, donde estaban destinados á permanecer largo tiempo, un gran rollo de mapas, y anunció que tenía que hacer un trabajo para el ministerio, al que le sería preciso consagrar toda la noche, pues á las seis de la mañana siguiente le era preciso entregarlo á su jefe.

Odette no se fijó en la inverosimilitud de esta fábula. Hallábase demasiado preocupada por sus propios pensamientos, para que pudiese apreciar detenidamente la feliz casualidad que la permitía diferir su confesión; así es que abrazó tiernamente á su marido, deseándole que no se fatigase mucho, y se retiró diciendo:

— ¡Después de todo, eso no debe ser mucho más difícil que estar bailando hasta las siete de la mañana!

Libre ya por esta parte, el joven teniente volvió á pensar furioso en el *quidam* cuya singular agresión le valía pasar una desagradable noche en el canapé y en las emociones inseparables de un duelo. Se había batido ya dos ó tres veces, y no tomaba el asunto desde el punto de vista trágico, pero sí en serio, lo que le ponía de malísimo talante. Al averiguar, como debía, quién era el hombre con el que iba á cruzar sus armas, supo que no sólo se le consideraba como un perfecto caballero, sino como un antiguo amigo de los Beaurand, lo que le produjo cierta satisfacción, no suficiente, sin embargo, para tranquilizarle del todo. El ligero fondo de las doctrinas de José Prudhomme que existía en su ánimo, agriaba un tanto su buen carácter de niño mimado. El recuerdo de aquella agresión incalificable en un sitio tan sagrado como el cementerio del padre Lachaise provocó en él, cuando se halló solo en su casa, una verdadera erupción de frases hechas, de esas que el lenguaje moderno clasifica irreverentemente con el nombre de «clisés usados», y que no aplacaron su cólera, pero contribuyeron á que se presentase en el palenque con el firme propósito de dar á su adversario una dura lección.

El arma elegida era la espada, lo que permitía á Benoist esperar un desenlace anodino; pero desde los primeros instantes pudo convencerse de que de Aul-

moye no tenía intención de tratarle muy bien. Con más trabajo de lo que él mismo quería creer, se defendió como mejor pudo, esforzándose por no herir á su fogoso enemigo, lo que tampoco era por otra parte cosa fácil.

El joven teniente no estaba lo bastante sereno para que adivinase las intenciones de Teodoro, lo que le ahorra un cruel sufrimiento en su amor propio. Atacando demasiado pronto, no tardó en sentirse cansado, y al cabo de algunos instantes puede decirse que apenas veía con claridad. Un golpe terrible que hubiera abierto de parte á parte el pecho de Benoist, pasó entre el brazo y el cuerpo de éste, causándole un ligero rasguño en la piel de la muñeca que tenía levantada; de Aulmoye quedó completamente á merced de su adversario, quien se contentó con hacerle saltar la espada y se detuvo.

El duelo había terminado antes que el teniente, aturrido por lo que acababa de suceder, comprendiese bien la situación; pero como no era necio ni malvado, experimentó un verdadero sentimiento de consideración hacia el hombre que, á pesar de haber sido tan furiosamente atacado, acababa de dejarle tan cortésmente la vida. Los dos adversarios se estrecharon las manos con la mayor corrección y se fueron cada uno por su lado.

El rasguño de Benoist carecía de importancia; así es que después de habérselo dejado vendar, volvió al coche con sus testigos, pues de común acuerdo se había suprimido el inevitable almuerzo. Poco rato después se hallaba Teodoro en su casa, libre para reflexionar á sus anchas.

¡No eran las diez aún! Mad. Benoist debía estar en aquellos momentos dando una vuelta por sus viñas, bajo los rayos del sol que no podían lograr curtir su piel fina y mate de religiosa; en su imaginación la veía marchar con paso alegre, deteniéndose aquí y allá para contemplar los nuevos retoños ó para acordarse de seguro de su hijo, pues la buena mujer hallaba siempre el medio de asociar la idea de su Teodoro á todas sus preocupaciones.

«Querida madre, continúe usted inspeccionando la viña; su hijo le envía un tierno recuerdo. Se siente esta mañana satisfecho de sí mismo; estélo usted también sin saber por qué; que su gozo la rodee todo el día como atmósfera de paz, y esta noche, durmiendo, cuando sueñe usted en él, dígame: «Mi buen Teodoro», pues lo tiene merecido.»

Benoist, en efecto, se sentía satisfecho. Después

de un ligero almuerzo, se había tendido en el canapé, acariciando los pensamientos que acabamos de transcribir ó imaginando beatíficamente la alegría que debía experimentar la jovencilla Mad. de Aulmoye; ya se le figuraba ver la llegada del teniente á su casa... De seguro que no podría callarse; su esposa sabría al instante lo ocurrido. El oficial de cazadores era un mozo honrado y Benoist no vacilaba en creer que le haría justicia...

Esta idea tenía algo para él muy confortante; así es que trató de aprovecharla para consolarse de no poder ir á casa de Estrella aquel día... ni los siguientes... ¿Cuándo le sería posible en adelante volver á verla?

La viuda partiría para Saumeray al día siguiente quizá, y sin prohibírselo, no le había invitado para que fuese á visitarla... Además le era imposible hacerlo. ¿Con qué título se presentaba en su casa tan lejos de París? ¡Iban, pues, á pasar semanas, acaso meses, sin verla, hablarla, ni escribirla!

Ante esta reflexión, Benoist dió un salto en el diván, encontrándose de pie junto á su mesa escritorio. Se proponía pedirle permiso para visitarla una vez aún, y en esta entrevista se prometía poder obligarla á dar una contestación. Después de todo, ¿no era absurdo que aquella mujer tan buena, tan hermosa y tan digna de todos los respetos estuviese condenada al aislamiento por una sociedad que la colocaba fuera de la ley?

Repentinamente decayó su entusiasmo; acababa de recordar la exhortación de su madre.

«La aceptaré muy gustosa como hija — había dicho la anciana, — por poco que pueda probar que ha sido calumniada...»

¡Probarlo! ¿Y por qué medio?

Al recordar que desde hacía más de un año se hallaba Estrella presa entre las mallas de aquella red, el joven se sintió dominado por una especie de rabia. Hasta entonces, absorbido por sus propios sentimientos, no se había hecho cargo de lo que debía haber padecido aquella mujer; una intuición repentina hacía que comprendiese el largo martirio que sufriera resignada, las heridas que su alma debió recibir, las angustias que la habrían despedazado...

— ¡Y aún halla el medio de pensar en los demás!, exclamó en alta voz, conmovidísimo. ¡Y es buena!, ¡y excusa, y perdona! ¡Ah, adorable; ah, santa mujer! ¡Y qué miserable he sido para con ella!

Teodoro abrió el cajón secreto de su escritorio y sacó de él la cartera donde guardaba sus papeles más importantes; en una de las bolsas estaba separado el sobre, que el joven tomó contemplándolo con una especie de temor.

¿Por qué lo había conservado tanto tiempo en su poder? Si no era más que un papelucho inútil, ¿a qué guardarlo? Cuantas veces le viera, y aun con que sólo lo recordase, un tropel de sangrientos recuerdos se presentarían ante su imaginación, quitándole la tranquilidad. Por el contrario, si era realmente aquel sobre la clave del misterio, en tal caso, madame de Beaurand era quien debía tenerlo en su poder.

Estaba dispuesto á entregarlo á Estrella sin esperar más, aquel mismo día: si la joven no encontraba en él ningún indicio, lo destruirían en seguida para no recordarlo más. Ahora estaba ya seguro, ¡ah!, muy seguro, de que la viuda iba á perdonarle las dudas, las sospechas, todo lo que por su causa le había amargado la existencia... Aun antes de confesar su falta, conocía que estaba ya perdonado.

Con impaciencia un tanto febril esperó la noche, y hacia las nueve se hizo anunciar en el hotel de Beaurand.

XXIX

Al oír el nombre de Benoist, Estrella, por lo general tan reservada, lanzó una exclamación de alegría y se levantó con viveza. La puerta había vuelto á cerrarse y se encontraban solos en la misma estancia. La joven dió dos pasos hacia él y se detuvo con las manos juntas y estrechamente apretadas contra el pecho.

— ¡Ah!, dijo con acento conmovido, tengo gran satisfacción en ver á usted... ¡Iba á escribirle!.. ¡Es usted bueno y generoso...; sí, muy bueno!

Teodoro permanecía silencioso, casi anonadado. Estrella, dirigiéndose hacia él, tocó delicadamente con un dedo la venda que cubría la muñeca del joven, subiendo un poco sobre el guante.

— Se ha dejado usted herir, continuó, por mí, primero, y luego porque profeso cariño á Odette... ¡Ah! No diga usted que no. ¡Lo he comprendido todo; lo he adivinado!

— Pero ¿quién ha dicho á usted?... balbuceó Benoist.

La viuda señaló un gran periódico de la noche que estaba extendido sobre la mesa.

— Aquí, en las últimas noticias... Dígame usted la verdad; ¿es por mí por quien se ha batido usted? Ese pobre mozo, ¿había manifestado alguna necia sospecha?

Sin saber qué contestar, Teodoro guardaba silencio, mirando incesantemente el hermoso semblante de la joven, que animado por una expresión apasionada, le parecía más bello aún que nunca lo había visto.

— ¿Sabe al menos que ha sido por mí?, continuó Estrella.

— No, contestó Teodoro lacónicamente; no lo sospecha siquiera.

— Y le ha respetado usted... ¡Hubiera usted podido darle muerte!.. He leído entre líneas lo que aquí dice; ¡vea usted! Se habla de la cortesía de usted.

Benoist se apoderó del periódico y leyó el suelto en la sección de últimas noticias.

— Alguno de sus amigos ó quizá él mismo será el que ha hecho publicar esto... Es ser tonto...

— ¡Han hecho bien! ¡Me alegro!

Los ojos de Estrella despedían un brillo extraordinario; sus labios entreabiertos sonreían agitados por un casi imperceptible temblor. Benoist le tomó las manos diciendo:

— ¡También yo soy feliz! Sí, he querido batirme con ese badulaque, porque había hablado mal de usted, como un chiquillo grandullón que es; sí, le he respetado, por no hacer derramar una sola lágrima á su esposa que le quiere y á quien usted quiere también; sí, he recibido un rasguño que no vale la pena de que se hable de él: todo eso es verdad; pero lo he hecho porque amo á usted, ¿lo oye?, porque la amo y quiero que sea usted mi esposa... Entonces veremos si alguien se atreve á ofenderla. Diga usted, Mad. de Beaurand, ¿quiere usted modestamente ser Mad. Benoist?

— ¡Sí!, respondió la joven dirigiéndole una mirada de completa, de absoluta confianza.

Teodoro estrechó con fuerza las manos de la joven que tenía entre las suyas, y permaneció inmóvil y silencioso. Por los ojos de ambos se desprendían en aquellos momentos sus almas transportadas por la dicha, sin que de otra cosa que de éste tuviesen entonces conciencia. De pronto Estrella separó sus manos de las de Teodoro.

— ¡Sí!, repitió; pero sólo cuando se haya aclarado el misterio. De no ser así, ¡jamás! Quiero entrar en su casa con la frente alta.

Benoist sacó de su bolsillo el sobre, colocándolo sobre la mesa, delante del sitio donde se hallaba Estrella.

— ¿Qué es esto?, preguntó la viuda con extrañeza.

— Este es el sobre que contenía la carta; ya sabe usted...

La joven, sin comprender bien, miraba alternativamente el sobre y á Benoist.

— La carta ha desaparecido, el sobre quedó. ¡Mírele usted, estúdiele! La dicha de nuestra vida acaso esté aquí... Siéntese usted.

Estrella temblaba, presa de una emoción extraña. Teodoro le acercó una silla, sentándose á su lado, dentro del círculo de luz que proyectaba la pantalla de la lámpara.

— No abrigo usted temor ninguno, le dijo. ¡Usted que tan animosa ha sido hasta aquí!..

— Es que hasta aquí luchaba para mí sola... ¡Ahora tengo miedo!

— ¿De qué?

— De no acertar á descubrir. Temo mirar ese papel. ¿Y si ningún indicio acudiese á mi cerebro?

— No importa, buscaríamos por otro lado. ¡Animo! Mire usted, vea aquí en este rincón el timbre de Laval... ¿No le indica esto nada?

Estrella hizo con la cabeza un signo negativo.

— Entonces, examine usted la escritura; no se precipite usted, no sienta agitación alguna, tenga mucha calma.

La joven se inclinó contemplando atentamente las líneas escritas en el sobre.

— ¿No reconoce usted la escritura?

Después de algunos instantes de silencio, la viuda le miró, repitiendo el mismo gesto de desaliento.

— ¿No ha tenido usted nunca á su servicio alguna criada ó alguna mujer en general que tuviese algún pretexto para odiar á usted? Esta es letra de sirviente ó de campesino, tal vez de alguna camarera.

Estrella tomó el sobre entre sus manos con cierta timidez para mirarle desde más cerca.

— ¿Una camarera?, repitió procurando recordar. No. En casa de Mad. de Polrey tenía á mi servicio una muchacha que no sabía leer ni escribir...

— Esa no sería una razón... ¿Y antes?

— Antes... estaba en el convento...

La joven permanecía pensativa, recordando los años ya pasados. De repente tembló de pies á cabeza. Teodoro la miraba sin atreverse á dirigirla una sola pregunta. Estrella vaciló un segundo, levantándose luego y dirigiéndose á su escritorio.

Después de haber buscado en el fondo de un cajón, donde guardaba antiguos recuerdos de su infancia, volvió junto á Benoist con un pequeño devocionario con cubiertas de tafete rojo, algo estropeado por las esquinas. El interior del libro estaba lleno de estampas amarillentas de puro viejas, rodeadas de encajes de papel que, convertido en polvo, caía por solo el ligero soplo de su aliento al hojear el tomito.

De pronto se detuvo ante una imagen adornada con papel estampado de plata, que sacó del devocionario.

El grabado representaba una santa de rodillas, con traje monástico y los ojos levantados al cielo. Al pie se leía en pequeñas mayúsculas: «Santa Rosalía.» En el dorso, con caracteres desiguales é inciertos, había escritas estas palabras: «A su pequeña Estrella Brunaire, Rosalía Tétel.»

— ¡Rosalía!, exclamó la joven, que había recobrado ya la serenidad. ¡Era Rosalía! ¡He debido sospecharlo!

En su hermoso y en aquellos momentos pensativo semblante, quedó impresa una expresión de amargura.

— ¿Rosalía?, preguntó Benoist.

— La camarera de mi madre. Tengo la seguridad, la más absoluta seguridad, de que ese sobrescrito es suyo; por otra parte, no es posible abrigar la menor duda: vea usted la forma especial que ofrece la B; no he visto á nadie más hacerlas como éstas.

En efecto, la semejanza entre la B de Beaurand y la de Brunaire era completa; otra mano no hubiera podido imitar la extraordinaria *floritura* que ostentaba aquella mayúscula: era la obra de una persona poco experimentada, que repetía á su modo los modelos caligráficos que le habían sido impuestos en su infancia.

— ¿Rosalía habitaba, pues, en Laval?, preguntó Benoist con el corazón oprimido y reteniendo la respiración.

— ¿Laval? No. Se retiró á Vitré, en Bretaña. ¿Dónde está Vitré?

— Muy cerca de Laval. Habrá encargado á alguien

que echase en el correo su carta; ahora lo comprendo. Pero ¿por qué habrá escrito?

Estrella, en la mayor perplejidad, permanecía con la cabeza apoyada en una mano y entregada á profunda meditación.

— No me quería, respondió al fin; no me ha querido nunca. Sin embargo, era una mujer honrada, incapaz de una mentira ó de una cobardía... Lo creo así, al menos... Me parecía asustadiza y algo loca... ¡Pero era yo tan pequeña!

— ¿Cree usted que no hubiera podido calumniarla hasta el punto de causar la desgracia?

Estrella reflexionó un instante.

— No, repuso; no habría calumniado...; el infierno le causaba un horror inconcebible; temía al pecado más que á la muerte...; y no hubiera cometido á sabiendas una falta tan horrible.

De pronto vino á su memoria la extraña aparición que se le ofreció en la iglesia de Coutances.

— ¡Era ella! ¡Ahora estoy segura! ¡Era ella y me reconocí! ¡Su semblante tenía una expresión que jamás olvidaré!, la del condenado que implora...

Con pocas palabras la joven refirió á Benoist su visita á la catedral y la impresión que le produjo aquella mujer del pueblo, enlutada, que tanto pareció sorprenderse al verla y que desapareció con tan extraordinaria rapidez.

— Amigo mío, concluyó diciendo, Rosalía es quien ha escrito la carta; es menester encontrarla. Háyme ó no calumniado, á ella se debe la muerte de M. de Beaurand...

Estrella calló.

¿Quién de nosotros al verse víctima de una catástrofe, puede jurar que con el tiempo la desgracia que le ha abatido no se trocará en infinita satisfacción? Estrella se estremeció al pensar en los disgustos que á su existencia había ocasionado la muerte de Raimundo; en adelante, ¿se agravaría aún su infortunio ó, por el contrario, el porvenir se despejaría para ella hasta ofrecer los esplendores del amor dichoso y bendito?

— Sea lo que fuere lo que hayamos de saber, dijo Benoist que seguía por la expresión del semblante de la joven sus pensamientos, que tan claros le parecían ahora de adivinar, como antes se le figuraron tenebrosos, es preciso á toda costa encontrar á Rosalía y hacerle que confiese...

— ¿Querrá hablar?, observó Estrella. Es una mujer muy extraña; pudiera ocurrir que se negase en absoluto á decirme lo que ha confiado al muerto.

— En ese caso, encontraríamos medios de intimidarla, contestó Benoist acordándose de Andrés Bolvín. Está probado ya que una carta escrita por ella ocasionó la muerte de M. de Beaurand; si se niega á aclararnos voluntariamente el misterio, pediremos el auxilio de la justicia.

— ¿La justicia?, dijo Estrella. ¿Despertar el ruido y el escándalo en torno de ese sepulcro? ¿Entregar una vez más mi apellido y mi persona á la curiosidad pública? ¡Oh, amigo mío, hartó he sufrido ya! Suplico á usted que me evite ese nuevo pesar.

— Sin embargo, insistió Benoist, para poner á usted á cubierto de toda calumnia, será precisa cierta publicidad...

— Ya veremos, ya veremos... Entretanto, suplico á usted la mayor reserva acerca de nuestras investigaciones; obremos solos; y si algo horrible ha de llegar á nuestra noticia..., seamos también, si es posible, los únicos en saberlo. ¡Si supiese usted cuánto miedo tengo ahora á todo! ¡No deseo más que una cosa: que nadie se acuerde de mí!

— Eso será acaso difícil, contestó el joven riendo; pero, en efecto, más adelante veremos. ¿Va usted, pues, á partir para Vitré?

— Usted vendrá conmigo, respondió Estrella sin vacilar. No puedo acometer sola una aventura como esta; y ¿quién ha de ayudarme sino usted? Mañana por la mañana nos pondremos en camino.

— ¿Lo quiere usted así? ¿Ha previsto usted las consecuencias?

Estrella con un movimiento de cabeza indicó que ni quería siquiera acordarse de este punto.

— En ese caso, hará usted el viaje sola; yo partiré esta noche, dentro de una hora; me encontrará usted en la estación de Vitré, donde la estaré esperando, mañana al mediodía.

La joven le dirigió una mirada pesadosa; seguramente hubiera preferido no separarse de él: ¡se sentía tan fuerte y tan segura en su presencia! Sin embargo, no se le ocultaba que el joven tenía razón.

— Hasta mañana, dijo tendiéndole la mano.

— Lleve usted consigo la estampa y el sobre, observó Teodoro al despedirse.

Durante toda aquella larga noche la joven viuda no pudo cerrar los ojos un solo instante. Al día siguiente, por la mañana, con el pretexto de que se

dirigía á Soumeray, se hizo conducir al ferrocarril, y hacia las tres de la tarde pudo ver que, como le había prometido, la esperaba Teodoro en el andén de la estación de Vitré.

XXX

Aparte de la emoción particular que la agitaba, por el resultado que pudieran tener las gestiones que emprendía, era para Estrella una impresión extraña y completamente nueva la de encontrarse sola con un hombre tan lejos de París y de todo lo que le era familiar. No obstante, su primer movimiento al apearse del vagón, fué de alegría; la mañana, que había pasado entera en el ferrocarril, le había hecho sentir tanto el peso de la soledad, que la vista de su amigo le causaba un placer sin límites.

Benoist la condujo inmediatamente á una pequeña fonda antigua y relativamente confortable, situada á espaldas de la estación, y le hizo subir por una escalera oscura al primer piso del edificio, donde encontró una habitación clara y alegre, en la que el joven penetró con ella.

— Pido á usted que me perdone, dijo Teodoro, por no ofrecerle un salón; pero no hay en Vitré ninguno á propósito para instalar á usted.

La joven sonrió sin mostrar el menor disgusto. Aquella bonita habitación de fonda, con su armario de luna y su mesa redonda de caoba, estaba muy lejos de parecerle un dormitorio; la misma cama pesada y alta, con cortinajes de indiana con ramajes azules, evocaba en la imaginación, mejor que lo que realmente era aquel mueble, la idea de un monumento cualquiera de especie aún desconocida.

Estrella se sentó en la única butaca que en la estancia había y Teodoro hizo lo mismo en una silla de paja colocada enfrente de la joven y al otro lado de la mesa.

— Como he llegado en las primeras horas de esta mañana, dijo Benoist, he procurado adquirir informes por medio de las autoridades, y temo mucho que Rosalía no se halle en Vitré...

Al oír estas palabras, la animación que se notaba en el semblante de Estrella desapareció, substituyéndola una palidez que llegó á infundir temores á su acompañante.

— Pero cuando menos, se apresuró á añadir, encontraremos sus huellas. Ha vivido aquí, según me han dicho, y no he tenido tiempo aún de averiguar cuándo se ha marchado, si es que realmente no se halla en esta población.

— Algo es tener ya estas noticias, dijo Estrella recobrando el ánimo.

— Pues bien: si usted quiere, iremos á una casa que me han indicado y donde vive una mujer que la ha conocido y que hasta tiene con ella algún parentesco, según creo.

— Vamos en seguida, contestó la joven levantándose.

Pocos instantes después, los dos jóvenes subían uno al lado del otro las montuosas calles del antiguo pueblecillo que tanto contribuyen á embellecer sus viejos caserones porticados. En las ventanas, geranios precoces y rosales llenos de flores servían de cortinas para garantir de la curiosidad á las mujeres que se hallaban sentadas tras ellos trabajando, en la actitud que se ve reproducida en los cuadros holandeses de épocas pasadas.

Estrella miraba á uno y otro lado, procurando ver el interior de las casas, en busca del rostro de Rosalía, que durante la noche de insomnio que acababa de pasar, se había presentado en su memoria con una exactitud sorprendente. De vez en cuando, el perfil de alguna mujer le llamaba la atención, haciendo que se detuviera bruscamente: la plácida cabeza de una bretona se volvía entonces hacia ella contemplando con curiosidad el semblante y el traje de la hermosa parisiense, que continuaba entonces su camino, con la vista baja, como si se hubiese intimidado.

De este modo llegaron hasta la plaza donde se levanta la iglesia de Nuestra Señora con su elegante tribuna exterior; volvieron luego una esquina y entraron en un patio estrecho en cuyo suelo verdeaba el musgo.

Teodoro empujó una puerta y Estrella se encontró en una sala ancha y alta, soberbio resto del Renacimiento.

La carne rosada de los cerdos recientemente sacrificados, colocada junto á las ventanas, brillaba alegremente, como si fueran suntuosas colgaduras. Bajo la campana de la chimenea, cuidadosamente esculpida y labrada como una joya de orfebrería, pero cuyos detalles delicados estaban cubiertos por innumerables capas de negro de humo, una anciana, sentada en un escabel, acercaba sus huesosas y débiles

manos al calor imaginario de algunos tizones ya casi fríos. Al ver atravesar el umbral de la estancia á aquel hombre de alta estatura y aquella dama elegante, la mujer fijó en ellos la casi extinguida mirada de sus ojos grises pálidos.

Estrella al verla se acordó de las Parcas que, según la fábula, tenían en sus manos los destinos de los hombres.

— Dispense usted, señora, dijo comprendiendo que su voz produciría menos inquietud en aquella anciana que la de su compañero. ¿No es usted algo pariente de Rosalía Térel.

La buena mujer miró alternativamente á los dos visitantes, fijando al fin sus miradas en Estrella, pero sin responder una palabra.

El salchichero, hombre grueso y de aspecto alegre, salió de una pieza vecina y se hizo explicar de qué se trataba.

— Rosalía era camarera en casa de mi madre, dijo Estrella con cierta secreta turbación, pues acostumbrada á obrar siempre con franqueza, sufría al tener que ocultar una parte de la verdad; quisiera volver á verla, pues tengo que decirle muchas cosas.

— Rosalía fué camarera en casa de Mad. Brunaire, interrumpió de pronto la anciana, que hasta entonces parecía no comprender, ni haber oído lo que se estaba diciendo. Mad. Brunaire, repitió con insistencia.

— Era mi madre, repuso con dulzura Mad. de Beaurand; ha muerto...

— ¡Hace ya mucho tiempo!, dijo severamente la anciana sin dejar de mirar á la joven. ¡El luto que lleva usted no es por ella!

— Es por mi tía, contestó Estrella sin atreverse á mirar á Benoist, pues comprendía que mientras fuese acompañada por aquel hombre, le era imposible darse á conocer como viuda.

Afortunadamente, la vieja, que se parecía á la mitológica Parca, no se preocupó acerca de este punto, suponiéndoles desde el primer momento marido y esposa.

— ¿Es usted la niña Brunaire?, preguntó siempre sin moverse del sitio donde se hallaba. Entonces, ¿para qué quiere usted ver á Rosalía?

— Diga usted que para darle dinero, murmuró Benoist en inglés al oído de su compañera.

Esta le dirigió una mirada dándole á comprender que se encontraba en un verdadero apuro. El joven se hizo cargo de que no era capaz de inventar una historia y sostenerla luego.

— La señora, dijo Teodoro, es mayor de edad, se halla en posesión de su fortuna y quería hacer algo por la antigua camarera de su madre.

— ¡Oh!, exclamó la anciana, separando su vista de Estrella para fijarla en el joven.

— Y por eso, continuó éste, quisiéramos saber dónde vive Rosalía. ¿No ha habitado aquí en otro tiempo?

— Sí, respondió el hombre grueso; pero hace cinco años que se marchó.

Estrella y Benoist se miraron recíprocamente con cierto aire de satisfacción.

— ¿Se ha ido á Laval?, preguntó la joven con viveza.

El salchichero la miró sorprendido.

— ¿Laval? No. ¿Por qué? No creo que haya estado en su vida en ese pueblo.

Estrella sintió que le faltaban las fuerzas. Teodoro se le acercó rozando ligeramente sus ropas, para hacerla comprender que estaba allí y que no debía desanimarse.

— Pero usted sí debe ir, dijo sonriendo.

El salchichero se echó á reír á carcajadas.

— ¡Yo, repuso, voy para comprar mis cerdos cada vez que hay feria! ¡Sí, es claro que voy!

— Apostaría á que no hace mucho que ha habido feria, continuó Benoist. ¿Son esos los cerdos que vienen de Laval?

— No, señor; estos son de aquí, respondió el hombre grueso, halagado al ver á un parisiense interesarse por su mercancía. He vendido los de Laval la semana pasada. El mercado se celebra el primer lunes de cada mes.

Estas palabras hicieron penetrar en el alma de Estrella un rayo de luz: se había casado un martes, luego la carta había sido echada en el correo en Laval por el salchichero...

— ¿Estuvo Rosalía mucho tiempo aquí el año pasado?, preguntó la joven interviniendo de nuevo en la conversación, cuyo fin por parte de su acompañante iba comprendiendo.

— No por cierto, repuso sin malicia el tocinerero; llegó el último día de abril con la idea de pasar aquí una temporada, y luego no sé qué debió pasarle, que se marchó al cabo de una semana justa, á contar del día en que volví de la feria. Por cierto que cuan-

do fué á Laval me entregó una carta dirigida á París con encargo de que la echara al correo, en cuanto llegara, pues era urgente.

— ¿Había echado usted en el correo su carta?, preguntó Benoist, sintiéndose, á pesar suyo, presa de gran emoción. ¿No se había usted olvidado de ello?

— No, seguramente, contestó con firmeza el salchichero, no lo había olvidado.

— ¿Sabe usted á quién iba dirigida?, continuó el joven con la garganta seca por la emoción que experimentaba.

— Eso no, señor, porque no sé leer, ni escribir.

Benoist respiró con desahogo.

Con objeto de substraerse á las miradas de la anciana, Estrella se había acercado á la campana de la chimenea, aparentando examinarla con gran atención.

— Es una hermosa chimenea, dijo el salchichero; vienen á verla muchas personas.

Estrella por hacer algo y disimular su turbación, seguía con el dedo las elegantes sinuosidades de un arabesco labrado en la piedra; su corazón latía en tanto con tal fuerza, que llegaba á temer que la sobreexcitación no le permitiría enterarse bien de lo que se dijese.

— Rosalía nació en este pueblo, ¿verdad?, preguntó Benoist.

— No, señor, no es de esta población, por más que su madre vino cuando ella era aún muy pequeña.

— ¿De dónde es entonces?

— De Mont Saint-Michel, señor.

— Yo creía que se había instalado aquí, dijo Estrella temblorosa.

— Volvió después de la muerte de su señora, pero la fastidiaría no sé qué y se marchó de nuevo algo disgustada.

— ¿Adónde?, preguntó Benoist, temeroso de que la emoción que en su compañera se notaba inspirase desconfianza.

— A muchos puntos, señor. Como la señora recordará, Rosalía era una mujer bastante excéntrica y de un carácter raro: tenía intención de hacer algunas peregrinaciones, y supongo que habrá visitado varias iglesias.

— Pero ahora, ¿dónde cree usted que puede encontrársela? Quisiera entregarle sin demora lo que le corresponde.

— Esa no es cuestión mía..., dijo el salchichero un tanto indeciso. Diga usted, madre, ¿usted lo sabe?

La mujer que hacía recordar la Parca extendió el brazo en dirección á Estrella, que se había apoyado ligeramente en la chimenea sintiendo que le faltaban las fuerzas.

— ¿Es cierto realmente que es usted la niña Brunaire?, dijo fijando en la joven sus mortecinos ojos, en los que se expresaba una sorda desconfianza de aldeana.

— Es cierto, sí, señora, contestó Estrella con acento sincero.

— ¡Juradlo!, insistió la anciana con tono brusco. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

— ¡Lo juro!, añadió la joven, repitiendo dócilmente la fórmula por aquella indicada.

La Parca hizo un movimiento de duda y dirigió á Estrella una mirada penetrante como una saeta y que parecía ilusorio que pudiese salir de ojos tan apagados como los suyos.

— Enseñe usted la estampa, dijo Benoist con acento dulce.

La joven hojeó el devocionario cubierto de taflete, del que desde la víspera no se había separado, y presentó á la buena mujer la imagen de Santa Rosalía, diciendo:

— Aquí escribió ella misma mi nombre. Véanlo ustedes que conocerán bien su letra.

La anciana y el salchichero examinaron con notable respeto la estampa, volviéndola de uno y otro lado con manos torpes, pero piadosas, hasta que por fin el salchichero la devolvió á Estrella.

— No sabemos leer..., dijo; pero seguramente esto es de Rosalía; usted lo dice y basta.

La anciana, que parecía haberse ya convencido, añadió:

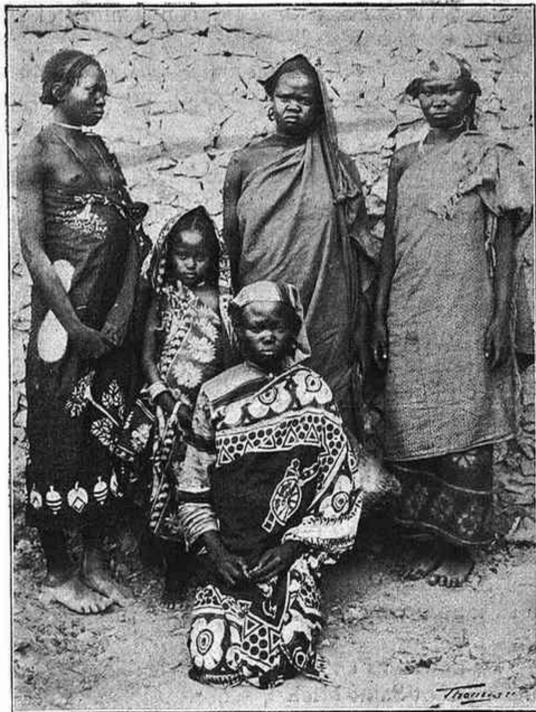
— Porque si se tratase de molestar á Rosalía, ténganlo ustedes por seguro, no les dijera yo nunca dónde está. La pobre tiene la cabeza un poco débil, pero no es mala. Ahora debe hallarse en Mont-Saint-Michel, en la antigua casa que pertenecía á su abuela y que ha heredado hace poco; pueden ustedes escribirle, es enfrente mismo de la iglesia parroquial. ¡Ese pueblo está lejos!

(Continuará.)

TIPOS DEL AFRICA ECUATORIAL

ANTIGUOS MONUMENTOS ÁRABES EN EL CAIRO

El territorio de los chilucs en el Africa ecuatorial está limitado al Sur por una serie de tribus negras



Grupo de mujeres de la raza bantú

de los bantús, al Este por los gallas y otras poblaciones de la raza etíope, al Norte por los nubios y al Sudoeste por los nyam-nyam, que ocupan también una parte del territorio sudoccidental entre las tribus de los bougos y de los denkas.

El segundo grabado de esta página representa un grupo de mujeres y niños chilucs.

Los chilucs son activos y muy diestros cazadores y rudos guerreros, y su carácter es menos malo y menos cruel que el de los denkas y el de los nyam-nyam, que son antropófagos.

Las mujeres son en general robustas y tienen la nariz ancha y aplastada, los labios gruesos y los pies y las manos grandes.

Sólo las mujeres casadas se cubren el cuerpo con una especie de mantón de algodón blanco que se arrollan de diversos modos. Los mantones de las personas ricas ostentan dibujos de colores chillones. Las solteras van desnudas; llevan únicamente un cinturón de cuero con flecos que les llegan hasta los muslos. Los niños van también desnudos hasta que son púberes.

El primer grabado representa la esposa de un gran caudillo bantú con sus dos hijas y dos esclavas.

El tercero reproduce algunos antiguos monumentos del Cairo. Al Nordeste de la capital de Egipto, al pie del Djebel-Mokattam, se ven numerosas mezquitas, grandes y pequeñas, cuyas cúpulas se alzan sobre las tumbas de los antiguos califas egipcios. La mezquita denominada de Kait-Bey es un monumento del siglo xv del más puro estilo de la arquitectura árabe de Egipto, de la que son también bellos ejemplares los demás sepulcros que al lado de aquella se encuentran.

Las fotografías de donde están tomados los grabados que reproducimos pertenecen á la interesante y notable colección del señor Abargues de Sostén, el distinguido explorador que después de haber prestado tantos y tan valiosos servicios á la ciencia geográfica, se ha establecido últimamente en el Cairo, fundando allí la Factoría Española que tan beneficiosos resultados va dando á nuestra producción nacional.

El Sr. Abargues de Sostén ha obtenido recientemente del gobernador general del Sudán inglés autorización para abrir una factoría de productos naturales é industriales de España en la ciudad de Khar-

tum, capital del Africa Central que está llamada á un gran porvenir mercantil.

Sabido es que los ingleses son los actuales dueños del Sudán y del centro de Africa, y Khartum, aunque nominalmente pertenece á Egipto, es en realidad inglesa, siendo su gobierno independiente del Cairo.

No á todos concede el gobernador general del Sudán la autorización que al Sr. Abargues de Sostén ha otorgado, y por esto son más dignos de alabanza los esfuerzos que por lograrla ha hecho nuestro compatriota, á quien de todas veras felicitamos por el triunfo alcanzado, que le permitirá establecer una factoría de gran porvenir, desde donde expedirá directamente á España las gomas, marfil, maderas finas y otros muchos productos que hoy compran nuestros industriales en las plazas de Europa á precios elevadísimos. — S.

**

LA HIPNOSIS EN LAS RANAS

La hipnosis en los animales es una cuestión que ha sido muy poco estudiada, pues aparte de unas pocas observaciones científicas, el resto de nuestros conocimientos se reduce á los datos de las leyendas corrientes, cuyo tema principal lo constituye la evocación de la India y otros países orientales con sus fascinadores de serpientes.

En el quinto Congreso Internacional de Fisiología que se ha celebrado recientemente en Turín, la señorita M. Stefanowska, de Bruselas, ha presentado una comunicación acerca de este asunto que versaba «sobre las condiciones favorables y desfavorables de la hipnosis en las ranas,» que por su interés vamos á extractar.

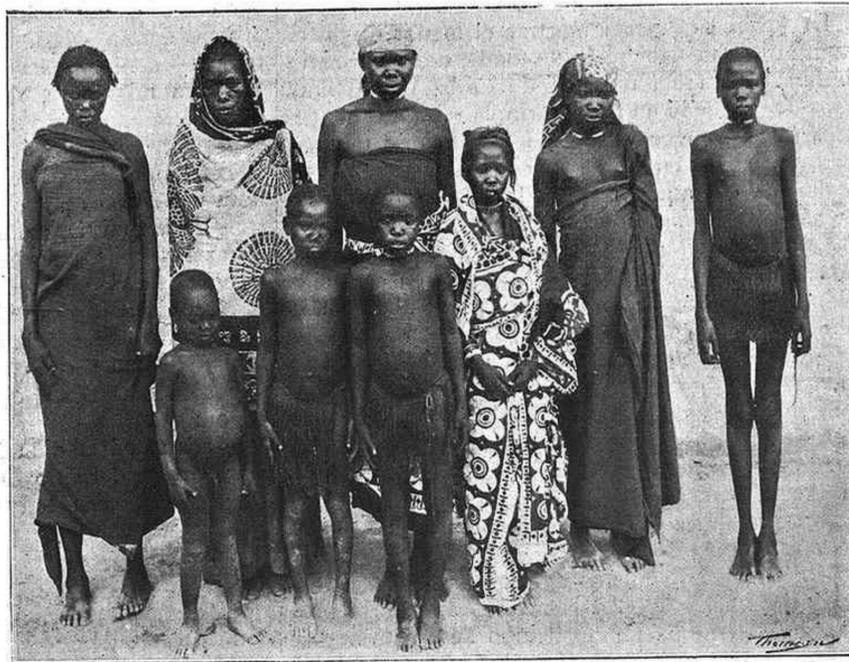
Las ranas que han permanecido durante el invierno en un acuario, ofrecen un material muy notable para el estudio de la hipnosis, en el momento en que están extenuadas por un prolongado ayuno, es decir, en la primavera y en verano; así es que en cuanto se las coloca en el suelo boca arriba, caen en el estado hipnótico, que á veces llega hasta la catalepsia. En el estado de hipnosis profunda, los órganos de los sentidos suspenden su acción; el sentido quinesésico está muy embotado, lo propio que la sensibilidad al dolor; las pupilas aparecen siempre contraídas, dilatándose en seguida que el animal se

despierta; los movimientos del corazón están retardados y los respiratorios son á menudo apenas perceptibles. Este estado puede durar media hora yaun más. El estado de hipnosis profunda hállase todavía más acentuado en las ranas de invierno cuyo cuerpo ha perdido mucha agua á consecuencia de su estancia en un lugar seco: no siempre se consigue despertar á estas ranas cuando se quiere.

Las ranas recientemente cogidas en primavera experimentan la hipnosis en las mismas condiciones, pero resisten más, haciéndose cada vez más hipnotizables á medida que su ayuno dura más tiempo, hecho que concuerda con la observación de Gley de que el hipnotismo se produce fácilmente en las ranas enflaquecidas. El agotamiento, el ayuno prolongado y la substracción del agua son, al parecer, según la señorita Stefanowska, las condiciones más favorables para la producción del hipnotismo y de la catalepsia en las ranas adultas.

Obsérvese que en los experimentos de dicha señorita las ranas en estado de hipnosis profunda y prolongada se despiertan inmediatamente cuando se las rodea de vapores de éter, de cloroformo ó de alcohol, que obran ante todo y sobre todo como excitantes. Del mismo modo obran los vapores de amoníaco. La elevación brusca y progresiva de temperatura interrumpe siempre el estado de hipnosis; en cambio el descenso de aquella no despierta á las ranas y hasta parece favorable al estado hipnótico.

Las ranas hipnotizadas presentan casi las mismas posiciones que los sujetos hipnotizados, y sólo existe diferencia en la flexibilidad de las actitudes, que son



Mujeres y niños de la raza negra de los chilucs



Antiguos monumentos árabes en el Cairo

en las ranas puramente musculares y generales, y más delicadas y más matizadas en las histéricas.

Me he detenido en las investigaciones de la señorita Stefanowska porque, aparte de la importancia que tiene el asunto, también yo he realizado experimentos sobre el hipnotismo en las ranas y en particular en la especie *Rana temporaria*.

Gley ha hecho una observación exacta haciendo notar que el hipnotismo es especialmente favorable

en las ranas enflaquecidas. El hecho es cierto y mis observaciones concuerdan con las de la señorita Stefanowska: mis ranas enflaquecidas ó sometidas á un ayuno se hipnotizaban fácilmente y muchas de ellas llegaban hasta la catalepsia: las sensibilidades estaban casi abolidas, las pupilas aparecían puntiformes, la circulación estaba retardada y la respiración se volvía tanto más superficial cuanto más profunda era la hipnosis; coincidiendo con ello una crisis de respiración interna, que correspondía á una aceleración notoria del corazón. Pero lo que es nuevo en mis experimentos es el ensayo de hipnotizar las ranas con la mirada, sin necesidad de previo ayuno ni de ningún fenómeno de enflaquecimiento: he hecho la prueba

en pleno verano, habiendo cuidado de alimentar á las ranas del acuario en donde vivían metidas en el agua; de este modo, los animales se encontraban en las mejores condiciones de vitalidad y debían representar un estado muy parecido á su vida normal.

En una primera serie de experimentos he probado de hipnotizar á la rana teniéndola entre las manos y

boca arriba. Es en extremo difícil coger la mirada de este batracio: la coloración de la piel, el color de los ojos y la falta de expresión de la mirada, que es, en mi concepto, la más apagada de todas las de los animales, hace difícil la fijación de la misma. Es preciso procurar lo mejor posible realizar el experimento en condiciones de luz uniforme. He hecho experimentos con la luz del día y con la luz artificial: esta última es á menudo causa de error, puesto que obra como elemento de fatiga. Para tener en la mano la rana, el experimentador ha de adoptar algunas precauciones, puesto que el animal gesticula, se mueve, su corazón late rápidamente y su cuerpo se desliza con facilidad entre los dedos, todo lo cual influye en el éxito del experimento. Las ranas dormíanse fácilmente no sin resistirse durante largo rato; he tenido en mi mano algunas á las cuales no he podido dormir sino al cabo de una hora, y otras en las cuales no he logrado producir más que un ligero sopor. De manera que la mirada obraba, como en los sujetos humanos, con entera independencia de toda condición experimental especial.

En una segunda serie de experimentos he querido probar de dormir á las ranas en estado de libertad, y dentro de éste en diferentes condiciones; colocando al animal sobre la mesa del laboratorio ó en una

vasija de cristal de paredes bastante altas, en donde podía observarla cómodamente. En estas condiciones la hipnosis se hace más difícil, es decir, se necesita para ella más tiempo. Sabido es que las ranas en estado de reposo guardan una actitud muy á propósito para la hipnosis, pues su mirada puesta en lo alto y su cabeza erguida hacen pensar en una actitud de éxtasis ó de atención. La dificultad estriba también entonces en dominar su mirada. He conseguido experimentalmente dormir las en la actitud en que se encontraban al someterlas al experimento, y atravesar su piel con una aguja ó con un hierro candente sin que manifestaran la menor reacción. La hipnosis, aun siendo profunda, no dura mucho y con frecuencia el animal se despierta dando un salto brusco.

Si las ranas nadan en una vasija de cristal, la hipnosis es igualmente posible, pero requiere mayor tiempo y una habilidad que sólo la experiencia puede dar. Es de notar un hecho característico, á saber: que aun hipnotizándolas, no he podido conseguir que las ranas se lanzaran al agua. La hipnosis no era profunda, aun cuando la sensibilidad se volviera obtusa y el animal pareciera automáticamente dueño de su actitud quinesésica. Los cambios de posición eran delicados, aunque posibles, y no podían extenderse á los cambios de conjunto. Lo que caracterizaba el

estado de hipnosis más profunda que he podido conseguir era una ligera inmersión en el agua con algunos extraños sopores, después de los cuales el animal generalmente se despertaba. Si se calentaba paulatinamente el agua, interrumpíase la hipnosis; y por el contrario, cuando la temperatura del agua descendía de un modo progresivo, parecía que las ranas dejaban, en cierto modo, de ser dueñas de su posición en el agua.

Estos hechos, unidos á los de la señorita Stefanowska, cuyos detalles ignoro por completo, y sobre todo á los de M. Gley, hablan en favor de la posibilidad de la hipnosis en las ranas y demuestran una vez más la potencia anestésica, por decirlo así, de la mirada humana, ese factor tan complejo que parece sintetizar toda nuestra cerebralidad dinámica cuando está en acción. Preciso es, pues, deducir que esta mirada obra, no solamente sobre el hombre, sino que también sobre las ranas; hecho en el cual vemos relaciones psico-fisiológicas importantes, que nos hacen pensar en la naturaleza de esa fuerza misteriosa que se desliza por las ventanas de nuestra vida psico-orgánica y obra como un verdadero anestésico que inmoviliza las actitudes de los animales, como las del hombre, y paraliza toda vida cerebral.

N. VASCHIDE.

PUBLICACIÓN NOTABLE

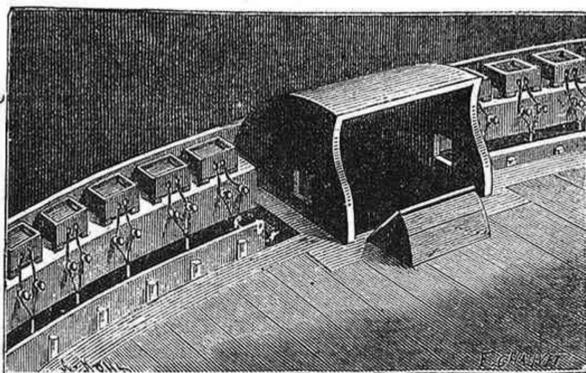
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadrados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL AUTODIGESTIVA

es la única que se digiere por sí sola

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne. Y EN TODAS LAS FARMACIAS

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

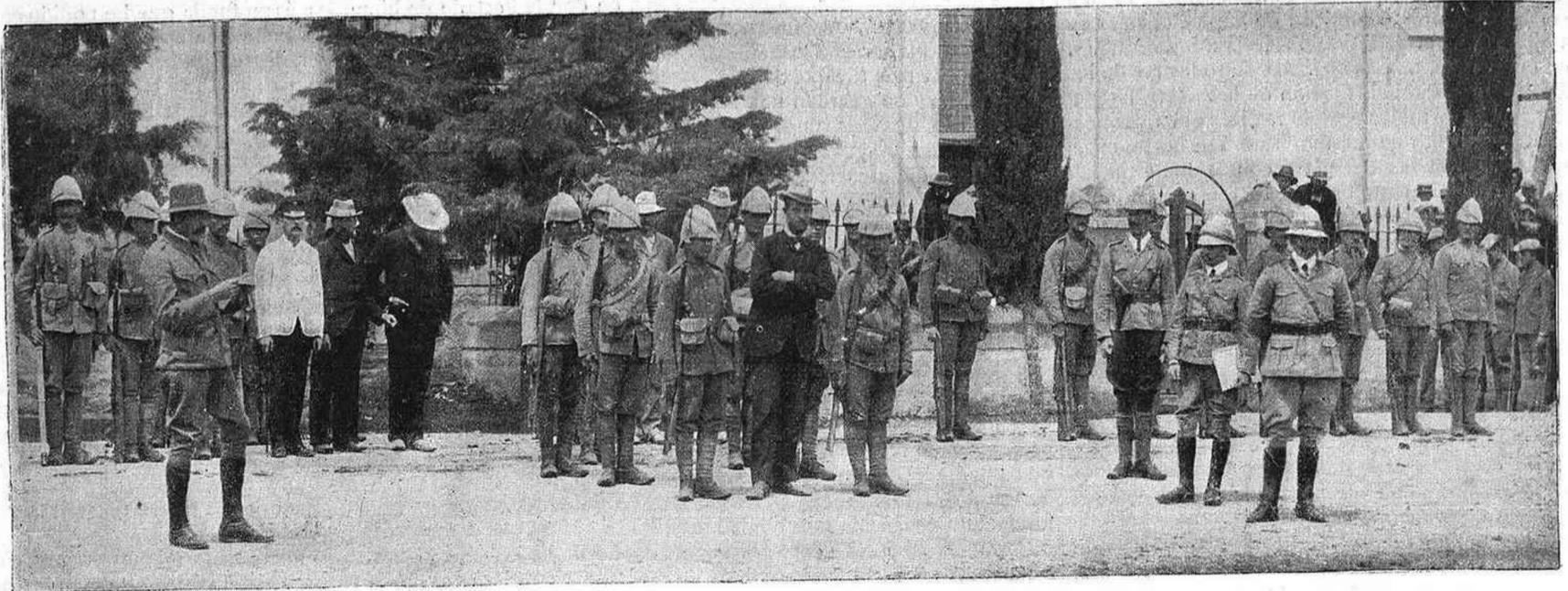
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES ESTÓMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

de BISMUTO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



GUERRA ANGLO-BOER. - EL COMANDANTE BOER LOTTER ESCUCHANDO LA LECTURA DE SU SENTENCIA DE MUERTE (de fotografía)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf.
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

FRANCO 5fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS, PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 81 St-Denis

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corason, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fabrica, Especiones : J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el **PILAVOIC DUSSER**. 1, rue J. J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria